

# **Emanuel**

«Emanuel, que traducido significa Dios con nosotros» (Mateo 1:23).

John Thomas MAWSON

[biblicom.org](http://biblicom.org)

# Índice

<b>1 - Su Deidad y encarnación</b> . . . . .	<b>3</b>
1.1 - Emanuel – La señal de Dios a los hombres . . . . .	3
1.2 - Dios con nosotros . . . . .	7
1.3 - «Él habitó entre nosotros» . . . . .	10
1.4 - «¡Señor mío, y Dios mío!» . . . . .	11
1.5 - La luz y la verdad . . . . .	13
1.5.1 - Su sabiduría y su poder creador . . . . .	14
1.5.2 - Su sufrimiento y la vergüenza que los hombres pusieron sobre él	16
1.5.3 - Su gran sacrificio . . . . .	17
1.5.4 - Lo que prueban los Evangelios . . . . .	18
1.6 - La necesidad de la Deidad de Jesús . . . . .	22
<b>2 - Su suficiencia total para nuestra necesidad</b> . . . . .	<b>25</b>
2.1 - El Amigo de los pecadores . . . . .	25
2.2 - El Señor y la vida doméstica . . . . .	29
2.3 - El Señor de los vientos y de las olas . . . . .	32
2.4 - Sostenidos por las olas . . . . .	33
2.5 - El buen Pastor . . . . .	34
2.6 - Su muerte en la cruz . . . . .	36
2.7 - Su resurrección de entre los muertos . . . . .	37
2.8 - Su supremacía sobre todo el mal . . . . .	38
<b>3 - Su sufrimiento y su muerte</b> . . . . .	<b>39</b>
3.1 - A ambos lados del mar . . . . .	39
3.2 - «A un tiro de piedra» . . . . .	41
3.3 - El amor que sufrió todo el dolor . . . . .	43
3.4 - Esa hora terrible . . . . .	44
3.5 - «Fue contado con los pecadores» . . . . .	47
3.6 - La victoria del Amor . . . . .	48
<b>4 - Su resurrección y gloria</b> . . . . .	<b>50</b>
4.1 - «No temáis» . . . . .	50
4.2 - «Mujer, ¿por qué lloras?» (Juan 20:13, 15). . . . .	54
4.3 - El poder y la gracia . . . . .	56
4.4 - Jesús se manifiesta a sus discípulos . . . . .	58
4.5 - Entrando en su gloria (Lucas 24) . . . . .	59

4.5.1 - «Ha resucitado» . . . . .	59
4.5.2 - Él debe ser supremo . . . . .	60
4.5.3 - Él es el Jefe de sus siervos . . . . .	63
4.5.4 - En el gran círculo exterior . . . . .	64
4.5.5 - El gran Sumo Sacerdote . . . . .	66
4.6 - ¡Aleluya! . . . . .	68
<b>5 - Conclusión . . . . .</b>	<b>69</b>

## 1 - Su Deidad y encarnación

«Pero tú, Belén Efrata, pequeña para estar entre las familias de Judá, de ti me saldrá el que será Señor en Israel; y sus salidas son desde el principio, desde los días de la eternidad» (Miq. 5:2).

«Cristo, ¡el cual es, sobre todas las cosas, *Dios bendito por los siglos!*» (Rom. 9:5).

“Más hermoso que toda la raza nacida en la tierra,  
perfecto en belleza, eres tú;  
Tus labios están llenos de gracia  
Y lleno de amor, tu tierno corazón.  
Dios siempre bendito, doblamos la rodilla  
Y reconocemos que toda la plenitud habita en Ti».  
(C. Wesley)

“Señor de los cielos, Soberano, Hijo por siempre  
¡Señor de la tierra!, ¡Creador, no creado!  
Vino en la semejanza de nuestra carne, pero nunca  
Manchado por la mancha del pecado, inviolado.  
Vino a destruir el poder de la muerte, y separa  
Al hombre de su terror en Su misericordia grande;  
Oh, arrodillémonos ante Él, poseámosle  
Rey de nuestros corazones, y en ese trono lo entronicemos».  
(J. Boyd)

### 1.1 - Emanuel – La señal de Dios a los hombres

«El Señor mismo os dará señal: He aquí que la virgen concebirá, y dará a luz un hijo, y llamará su nombre Emanuel» (Is. 7:14).

La condición de la nación de Israel, tal como era en los días de Isaías, se describe en una vívida declaración: «Toda cabeza está enferma, y todo corazón doliente. Desde la planta del pie hasta la cabeza no hay en él cosa sana, sino herida, hinchazón y podrida llaga; no están curadas, ni vendadas, ni suavizadas con aceite» (Is. 1:5-6). La historia se repite, y el estado de la humanidad no podría ser descrito más fielmen-

te hoy en día. Como era entonces, así es ahora. El especulador estaba ocupado (Is. 5:8); los hombres y las mujeres cantaban y bailaban, siguiendo ávidamente sus placeres paganos sin pensar en Dios, ni temer sus justos juicios (Is. 5:11-12); el crimen abundaba, porque los hombres se habían vuelto intrépidos en su impiedad, y daban rienda suelta a sus pasiones voluntarias, pecando «como con coyundas de carreta» (Is. 5:18); cegados por el dios de este mundo, llamaron al mal bien, y al bien mal; pusieron las tinieblas por luz, y la luz por tinieblas; lo amargo por dulce, y lo dulce por amargo (Is. 5:20), cosa que hacen hoy los defensores del espiritismo; los hombres se creyeron más sabios que Dios: sabios y prudentes a sus propios ojos, como los que se atreven a criticar su Palabra, y a sustituir sus propios pensamientos por los de Dios (Is. 5:21); y hubo quienes se corrompieron tanto que todo su negocio en la vida era corromper a los demás, odiando toda justicia y amando solo la maldad (Is. 5:23-24).

Había reformadores sin fin; reconstructores; políticos con muchas promesas de días mejores por venir, hasta que los hombres se cansaron de ellos; había una gran pretensión de honrar a Dios, pero el corazón estaba lejos de él; y Dios mismo se cansó de su hipocresía pretenciosa (Is. 7:13). Entonces proclamó que intervendría; porque era evidente que sin su intervención no podía haber bendición ni descanso para los hombres, ni gloria para su nombre por parte de los hombres.

La intervención de Dios debía ser enteramente de Él mismo: los hombres no debían tener parte alguna en ella, excepto para recibir el bien que resultaría de ella. Los hombres clamaron por un hombre, y siguen clamando por un hombre, y Dios respondió: Os daré un Hombre, pero será uno que no deba nada al hombre, cuya presencia misma en el mundo será independiente del hombre, porque «la virgen concebirá, y dará a luz un hijo» (Is. 7:14). Era la señal de la total impotencia del hombre para su propia redención; era la señal de que no había bálsamo en Galaad, ni médico allí. Era la señal de que, cuando no hubiera esperanza para los hombres en sí mismos, Dios se encargaría de su causa; pero también era la señal de que esta procedería de Él mismo y no de los hombres: «una virgen concebirá». ¡Imposible! grita el crítico de los caminos de Dios, y el pobre ciego infiel, sabio a sus propios ojos. Sí, es imposible para los hombres; esa es la misma lección que Dios quiere enseñar por la forma de su intervención. Es imposible que los hombres conciban o desarrollen algún esquema o sistema de redención, o que se liberen y se eleven de los efectos condenatorios del pecado, o que se conviertan en lo que deben ser ante el Dios que justamente reclama su temor. Sus jóvenes pueden ver visiones y sus ancianos soñar, pero los sueños y las visiones no pueden ayudarles; no pueden

liberarse de la ley del pecado y de la muerte. Con los hombres es imposible, pero no con Dios.

Él entró en la escena de la ruina total del hombre, y dijo: *Quédense quietos, apártese, y miren «la salvación de Dios»*; y así, a su debido tiempo, María dio a luz a su Hijo primogénito, y él [José] lo llamó **Jesús**.

«El nacimiento de Jesucristo fue de esta manera: Estando desposada su madre María con José, antes que se unieran, se halló que estaba encinta del Espíritu Santo. José su marido, como era justo y no quería exponerla a la ignominia pública, se propuso repudiarla secretamente. Mientras él pensaba en esto, he aquí un ángel del SEÑOR le apareció en sueño, diciendo: José, hijo de David, no temas recibir a María por esposa; porque lo que en ella es engendrado es del Espíritu Santo. Dará a luz un hijo; y lo llamarás Jesús; porque él salvará a su pueblo de sus pecados».

«Todo esto sucedió para que se cumpliera lo dicho por el SEÑOR por medio del profeta, que dijo: Mira, la virgen concebirá y dará a luz un hijo, y será llamado Emanuel, que traducido significa Dios con nosotros» (Mat. 1:18-21, 22-23).

«En aquella región había pastores que vivían en el campo, turnándose para guardar su rebaño durante las vigilias de la noche. Y un ángel del SEÑOR se puso junto a ellos, y la gloria del Señor brilló a su alrededor, y tuvieron gran temor. Pero el ángel les dijo: ¡No temáis!, porque os traigo buenas noticias de gran gozo que será para todo el pueblo; que os ha nacido hoy, en la ciudad de David, un Salvador que es Cristo el Señor. Esto os servirá de señal: Hallaréis a un niño envuelto en pañales y acostado en un pesebre. De pronto apareció con el ángel una multitud de las huestes celestiales, alabando a Dios, y diciendo: ¡Gloria a Dios en las alturas, y en la tierra paz, y su buena voluntad para con los hombres! Aconteció que cuando los ángeles subieron al cielo, los pastores se dijeron unos a otros: Vayamos hasta Belén y veamos lo que ha sucedido, que el Señor nos ha dado a conocer. Fueron con prisa, y hallaron a María y a José, y al niño acostado en el pesebre» (Lucas 2:8-16).

Así vino Emanuel, no solo al margen de todo poder de los hombres, sino también fuera de las moradas de los hombres, acostado en un pesebre. Porque había que poner en evidencia el hecho solemne de que **1.**, los hombres no podían producir el gran Redentor, en el que solo podía encontrarse el descanso de los hombres y la gloria de Dios, pero **2.**, no lo quisieron cuando vino.

Sí, pero el Hijo de la virgen, acostado sobre la paja de un establo, era Emanuel –Dios con nosotros. Era «El que fue manifestado en carne... fue visto de ángeles»

(1 Tim. 3:16). Y de los labios de Dios salió la orden: «Que todos los ángeles de Dios lo adoren» (Hebr. 1:6).

Los ángeles le adoraron, pero los hombres fueron indiferentes. Solo unos pocos, como aquellos oscuros sabios del lejano Oriente y los humildes pastores de las colinas cercanas, se conmovieron ante este gran acontecimiento. La ciega incredulidad de la multitud no podía reconocer la señal que Dios había dado; Emanuel no era para ellos más que «el hijo del carpintero», y ellos eran tan buenos o mejores que Él.

«En el mundo estaba, y el mundo fue hecho por él y el mundo no lo conoció. Vino a lo suyo y los suyos no lo recibieron» (Juan 1:10-11).

Dios vio el desprecio con el que se trató a su Unigénito y habló en consecuencia desde su trono eterno: «Yo publicaré el decreto», leemos: «Jehová me ha dicho: Mi hijo eres tú; yo te engendré hoy. Pídemelo, y te daré por herencia las naciones, y como posesión tuya los confines de la tierra» (Sal. 2:7-8).

Pero no pidió entonces el trono universal, ni el poder de quebrantar a los rebeldes con una vara de hierro, sino que habitó entre los hombres lleno de gracia. Emmanuel había venido a reconciliar al mundo con Dios, pero su misión parecía ser un fracaso. Apareció en Jerusalén, a la que amaba, montado en el pollino de un asno, «para que se cumpliese lo dicho por medio del profeta: Decid a la hija de Sion: Mira, tu rey viene a ti, manso, y sentado sobre un asno, sobre un pollino, hijo de bestia de carga» (Mat. 21:4-5). Pero aquella ciudad, envejecida en su presuntuoso orgullo, despreció la mansedumbre de su verdadero Mesías, y preguntó despectivamente: ¿Quién es este? Entonces podría haber dicho: «Por demás he trabajado, en vano y sin provecho he consumido mis fuerzas». (Is. 49:4). Jehová, cuyo siervo había venido a ser, le respondió, pues leemos: «Ahora pues, dice Jehová, el que me formó desde el vientre para ser su siervo, para hacer volver a él a Jacob y para congregarle a Israel (porque estimado seré en los ojos de Jehová, y el Dios mío será mi fuerza); dice: Poco es para mí que tú seas mi siervo para levantar las tribus de Jacob, y para que restaures el remanente de Israel; también te di por luz de las naciones, para que seas mi salvación hasta lo postrero de la tierra» (Is. 49:5-6).

Y también Israel responderá en el día de su poder, y dirá: «Porque un niño nos es nacido, hijo nos es dado, y el principado sobre su hombro; y se llamará su nombre Admirable, Consejero, Dios Fuerte, Padre Eterno, Príncipe de Paz. Lo dilatado de su imperio y la paz no tendrán límite, sobre el trono de David y sobre su reino, disponiéndolo y confirmándolo en juicio y en justicia desde ahora y para siempre. El celo de Jehová de los ejércitos hará esto» (Is. 9:6-7).

Y las naciones también lo poseerán. «Y vendrán muchos pueblos, y dirán: Venid, y subamos al monte de Jehová, a la casa del Dios de Jacob; y nos enseñará sus caminos, y caminaremos por sus sendas. Porque de Sion saldrá la Ley, y de Jerusalén la Palabra de Jehová. Y juzgará entre las naciones, y reprenderá a muchos pueblos; y volverán sus espadas en rejas de arado, y sus lanzas en hoces; no alzaré espada nación contra nación, ni se adiestrarán más para la guerra» (Is. 2:3-4). El rechazo por parte de los hombres fue absoluto; sonó en las profundidades de la contumacia y la vergüenza; pero su gloria será tan grande como su humillación, y todo hombre que se salve se lo deberá a Él, porque «no hay otro nombre bajo el cielo, dado entre los hombres, en el que podamos ser salvos» (Hec. 4:12). Todos los problemas serán resueltos por su sabiduría, todos los males serán corregidos, y la creación que gime llegará al final de su aflicción y se regocijará en el poder y la presencia de *Emanuel*.

## 1.2 - Dios con nosotros

Mientras Moisés cuidaba las ovejas de Jetro, el madianita, en la parte posterior del desierto, llegó a Horeb, el monte de Dios, y allí contempló una cosa extraña. Sobre las escarpadas laderas de aquel notable monte ardía una zarza, pero a pesar de las feroces llamas que la envolvían aquella zarza no se consumía. El asombro ante este gran espectáculo movió a Moisés a apartarse para descubrir el porqué de esto, cuando la voz de Dios lo detuvo, y descubrió que estaba en la presencia inmediata del gran *Yo Soy*.

Desde aquella zarza, Dios habló a Moisés y le habló de la salvación para su pueblo, gratuita, grande y plena. Se reveló como el Liberador Todopoderoso.

El crítico racionalista declara que el hecho de que una zarza arda con fuego y no se consuma es una imposibilidad, por lo que relega esta historia, junto con muchas otras de las Sagradas Escrituras, al reino de la leyenda y el mito. Pero lo que mueve a ridiculizar a los ciegos, los presuntuosos «sabios y prudentes» de la tierra, arroja las más preciosas lecciones para los que aman a Dios y a su Palabra. En aquella zarza ardiente se prefiguraba el acontecimiento más extraordinario que podía ocurrir en la historia de los tiempos.

La llama de fuego nos habla de Dios; «Porque también nuestro Dios es fuego que consume» (Hebr. 12:29). Y la zarza nos habla de los hombres, pobres, pecadores y rebeldes, secos, marchitos e inútiles, que no dieron ningún fruto a Dios. Si Dios, que es un fuego consumidor, y que debe juzgar toda iniquidad, descendiera en cualquier

momento en medio de la zarza seca e infructuosa de la humanidad (y tiene derecho a hacerlo cuando le plazca), ¿cuál sería el resultado? Pues bien, deberíamos decir que solo puede haber un resultado: la zarza se consumirá. Tal es el pensamiento natural de los hombres, y de ahí el deseo de mantener a Dios a distancia. Y este pensamiento parece confirmarse al leer el registro del Sinaí. Allí, en ese impresionante monte, el mismo en el que Moisés había tenido su primera entrevista con Dios, se dio la ley de Dios, y desde su cima coronada de nubes flameaban los relámpagos, y los truenos retumbaban y rodaban, y cuando Dios hablaba al pueblo, este temía sobremedida y rogaba que no volviera a oír esa voz majestuosa, sino que Moisés se convirtiera en un mediador para ellos.

Sí, nos parecería, al contemplar ese espectáculo, que los hombres deben consumirse si Dios entra en medio de ellos. Pero tal pensamiento es falso, fundamental y absolutamente falso, pues Dios, que es luz, es también amor, como ha demostrado a su «debido tiempo».

Ese tiempo llegó cuando la muchacha virgen de la casa real de David dio a luz a su Hijo primogénito y «lo acostó en un pesebre, porque no había lugar para ellos en la posada» (Lucas 2:7). Este fue un espectáculo para los ángeles de Dios, un espectáculo que movió a toda la multitud de ellos a la alabanza arrobadora, pues el nombre de ese niño fue llamado **Emanuel**, que, interpretado, es, «Dios con nosotros». El niño en el pesebre de Belén era el gran antitipo de la zarza ardiente. Dios «fue manifestado en carne... y fue visto de ángeles». Dios estaba en medio de los hombres y estos no se consumieron.

Pero, ¿con qué propósito estaba Dios en medio de los hombres? Solo podía haber una razón para este gran acontecimiento. Si hubiera querido enviar algún mensaje de advertencia, súplica o mandato, un siervo como los profetas habría servido para el propósito, pues en diversas ocasiones y de diversas maneras se dirigió así a los padres de la antigüedad. Si hubiera tenido la intención de dar ejemplo a los pecadores ejecutando su justo juicio contra ellos por sus pecados, un ángel o dos habrían bastado, como en el caso de las ciudades culpables de la llanura. Pero ni los hombres ni los ángeles bastarían para el propósito y la voluntad de Dios que ahora iba a desplegarse; solo Emanuel, que vino diciendo: «He aquí yo vengo... para hacer tu voluntad, oh Dios» (Hebr. 10:7). Cuando aparece Emanuel, los hombres y los ángeles se apartan, pues todo oído debe estar atento a Él, ya que viene a declarar y llevar a cabo las intenciones del amor divino e infinito. «Porque Dios no envió a su Hijo al mundo para condenar al mundo, sino para que el mundo sea salvo por él» (Juan 3:17).

Si los pecadores han de ser salvados, Dios debe bajar a ellos para hacerlo, y si Dios baja a los pecadores debe venir como su Salvador: Su propia naturaleza lo exige, y su sabiduría ha encontrado un camino por el que se puede hacer, según la justicia del trono eterno.

Así que el nombre de Emanuel es **Jesús**. ¡Bendito y precioso nombre! Nombre de oprobio y vergüenza en la tierra, nombre de ignominia en la cruz, nombre por encima de todo nombre en el cielo, nombre que a través de las edades interminables estremecerá de alegría a un universo, y mezclará en armoniosa alabanza la alegría de toda criatura dentro de la ilimitada extensión del reino del Dios Redentor.

*“El nombre más dulce en la lengua de los mortales,  
El villancico más dulce jamás cantado,  
La nota más dulce en el canto del serafín:  
**¡Jesús! ¡Jesús! Jesús!**”*

El mundo abrió la puerta de un establo para recibirlo, y así anunció su desprecio y odio hacia él, pero él aceptó con infinita mansedumbre el lugar que le asignaron, para poder abrir ante los ojos de los más pobres y de los más pequeños los tesoros inestimables de la compasión y el amor divinos.

Y así se movió por este mundo «visto de ángeles»: se regocijaron en esa bondad que habitaba en él; la bondad de Dios por la que vence al mal, aunque los hombres sobre los que fluyó no la apreciaran. Curó a los enfermos, alimentó a los hambrientos, secó las lágrimas en las mejillas de las viudas, besó a los niños en el reino de Dios y predicó el Evangelio a los pobres. Dios había visitado a los hombres, porque «Dios estaba en Cristo reconciliando al mundo consigo mismo» (2 Cor. 5:19).

Este es un gran espectáculo para que nos volvamos y veamos, mayor que el que vio Moisés, como la sustancia es mayor que la sombra. Y en la presencia de Dios dada a conocer y acercada a nosotros en Jesús, nuestras almas pueden permanecer sin temor, (y no como Moisés, «cubrió su rostro, porque tuvo miedo de mirar a Dios» (Éx. 3:6), porque «**Dios es amor**» (1 Juan 4:8, 16).

«En esto consiste el amor, no en que nosotros hayamos amado a Dios, sino en que él nos amó y envió a su Hijo [como] propiciación por nuestros pecados» (1 Juan 4:9-10).

«Nosotros le amamos, porque él nos amó primero» (1 Juan 4:19).

### 1.3 - «Él habitó entre nosotros»

«El Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros... lleno de gracia y de verdad» (Juan 1:14).

Qué hecho tan asombroso se nos revela en esta breve frase. Aquel que **fue** cuando el tiempo no era, por cuyo mandato el péndulo del tiempo comenzó a oscilar, que puso en movimiento todas las fuerzas de la naturaleza, e hizo que el universo palpitará con vida: El que es personalmente la expresión exacta de los pensamientos infinitos y de la gloria eterna de la Divinidad –el Verbo siempre existente–, se hizo carne y habitó entre nosotros, tomando parte en la carne y la sangre para acercarse a nosotros sin asustarnos: esto es lo que llena de asombro y adoración las almas de quienes lo han recibido.

No vino como un rey que viene a visitar a sus súbditos en sus casas de campo, hablándoles una palabra amable, y luego pasando de largo y olvidándose de ellos; él habitó entre nosotros. No había distanciamiento en él; entraba en las circunstancias de la vida; entraba en las alegrías y las penas de los hombres, así como en sus casas. Se acercó a ellos, se hizo infinitamente accesible incluso a los más pobres y a los peores. Habitó entre nosotros lleno de gracia y de verdad.

Decimos con la más profunda reverencia que tomó a los hombres como los encontró. No les exigió ningún trato especial: Estaba lleno de compasión por sus penas, no se impacientaba por su ignorancia y debilidad, ni los condenaba por sus pecados.

Estaba dispuesto a exponer la **verdad** ante un hombre de los fariseos cuando se acercó a Él, y estaba tan lleno de **gracia** que no reprendió la cobardía que le hizo arrastrarse en la oscuridad para aquella memorable entrevista.

Su **gracia** lo llevó al pozo de Sicar para hablar con una pecadora solitaria y cansada, y derramó la **verdad** en su alma tan abundantemente que ella regresó a su ciudad como una nueva criatura, con Él mismo como su tema absorbente. Y observen bien Su camino en esa historia. La distancia era grande hasta el lugar donde aquella pecadora solitaria suspiraba y se afligía, pero ningún camello o asno lo llevó a través de las fatigosas millas, pues él era un hombre pobre: debía hacer ese viaje, cada paso, a pie; cansado, hambriento y sediento, él la encontró –la encontró como un caminante encontraría a otro– y habló con ella tan gentilmente que ella no sintió ni restricción ni temor en su presencia. Cuán verdaderamente «habitó entre nosotros», y cuán lleno de gracia y verdad estaba en esa morada; porque no dejemos que su humildad y la pobreza de sus circunstancias, y la forma en que «habitó entre

nosotros», oculten a nuestras almas la gloria de su persona. Él era «la Palabra», «el Hijo único, que está en el seno del Padre» (Juan 1:18).

¡Qué encanto inagotable y siempre creciente tiene para nuestras almas esta buena noticia de los evangelios, el evangelio del Verbo encarnado! Qué infinitas son las alturas en las que se eleva, qué profundas son las honduras en las que desemboca. La gracia y la verdad están en Aquel que habitó entre nosotros, cuando aún habitaba en el seno del Padre como Hijo unigénito. Él nos ha traído el amor de ese seno, y lo ha revelado, no como algo para ser admirado en el día de reposo en el templo, sino como aquello que trabajaría los siete días de la semana, sin buscar descanso, para aliviar las necesidades de los hombres y llenar sus almas de alegría. Y la **verdad** estaba en él –vino desde la más alta altura de la gloria de Dios para revelarla; y la **gracia** también– se rebajó a la más profunda profundidad de nuestra necesidad para satisfacerla; y ha llenado la inconmensurable distancia entre la altura y la profundidad con la luz del amor de Dios.

Lo que él declaró aquí permanece para nosotros. Lo que él era lo es, y lo que él era lo es el Padre; pues dijo: «El que me ha visto, ha visto al Padre» (Juan 14:9). Qué infinitamente atractivo se ha vuelto el Padre para nuestras almas desde que se nos ha revelado tan benditamente en **Jesús**, que habitó entre nosotros.

### 1.4 - «¡Señor mío, y Dios mío!»

«Ocho días después sus discípulos estaban otra vez dentro, y Tomás con ellos. Vino Jesús, estando cerradas las puertas, y se puso en medio de ellos, y dijo: Paz a vosotros. Dijo entonces a Tomás: Trae aquí tu dedo, y ve mis manos, y trae tu mano, y métela en mi costado; y no seas incrédulo, sino creyente. Respondió Tomás, y le dijo: ¡Señor mío, y Dios mío! Le dijo Jesús: Porque me has visto, has creído. ¡Bienaventurados aquellos que no han visto, y han creído!» (Juan 20:26-29).

El unitario se opone a que este incidente sea presentado como evidencia de la Deidad de nuestro Señor. Sostiene que Tomás era un entusiasta de la admiración y un oriental, con tendencia a lo pintoresco y exagerado en su discurso, y que en esta ocasión fue traicionado por sus sentimientos para decir lo que estaba fuera de la verdad.

Que esta es una conclusión poco meditada es evidente por la visión del carácter de Tomás que nos da el breve registro de él en las Escrituras. Que su afecto por su Maestro no era menor que el de los otros discípulos se demuestra en Juan 11:16,

pero que no era de naturaleza histórica o crédula se demuestra igualmente en [Juan 20:25](#). Cuando sus hermanos –y eran diez– le declararon que habían visto al Señor, se enfrentó a ellos con una obstinada incredulidad, y los consideró un grupo de visionarios. Su fría y dura razón mantenía a raya su fervor, y su respuesta a sus alegres noticias podría haber sido formulada por los labios de un racionalista moderno. «¡Si yo no veo en sus manos la señal de los clavos, y si no meto mi dedo en la señal de los clavos, y meto mi mano en su costado, **no creeré!**».

En cuanto a la fe y a la formación, era un judío que creía en un único Dios trascendente, y dirigirse a un simple hombre como Dios habría sido a sus ojos un pecado muy atroz, un pecado del que un judío devoto sería moralmente incapaz. Como prueba de ello, tomemos el caso de Daniel, que prefirió enfrentarse a los leones antes que realizar un acto que, por inferencia, atribuiría un atributo de Deidad a un hombre. No fue el impulsivo Pedro, sino este hombre, naturalmente obstinado y sin imaginación, y religiosamente un monoteísta severo, quien se convenció de quién era realmente su Maestro, y su confesión de la verdad de esto no provocó ninguna reprimenda. Por el contrario, su fe fue confirmada por la respuesta del Señor: «Porque me has visto, has creído» (vean [Juan 20:24-29](#)).

Es notable que el Espíritu de Dios haya dejado constancia de que los hombres ofrecieron homenajes tanto a Pedro como a Pablo, y que ambos los contuvieron inmediata y vehementemente. «Levántate, yo también soy un hombre», fue la orden de Pedro a Cornelio cuando aquel centurión se postró a sus pies ([Hec. 10:26](#)). Y cuando el pueblo de Listra trajo sacrificios para ofrecer a Bernabé y Pablo, ellos, Bernabé y Pablo, «rasgaron sus vestidos y saltaron en medio de la multitud, voces y diciendo: ¡Varones!, ¿por qué hacéis estas cosas? Nosotros también somos hombres, con las mismas debilidades que vosotros» ([Hec. 14:11-15](#)). Estos eran hombres de verdad, y no permitían que nadie pensara que eran más que hombres, ni aceptaban, ni siquiera por un momento, la adoración, que era solo de Dios. De estos incidentes en la vida de sus siervos se nos enseña por inferencia que Jesús era Dios cuando aceptó la adoración de Tomás: si no, ¿qué era? Dejemos que los objetores proporcionen la respuesta.

Hay otro incidente en los Hechos de los Apóstoles que podría citarse a modo de contraste en esta conexión. «Y [Herodes] estaba muy irritado contra los tirios y los sidonios... En un día señalado, Herodes, vestido de ropas reales y sentado sobre el trono, les pronunció un discurso. Y el pueblo gritaba: ¡Es voz de Dios, y no de un hombre! **Al instante, el ángel del SEÑOR lo hirió**, porque no dio la gloria a Dios; y, comido de gusanos, expiró» ([Hec. 12:20-23](#)). En su orgullo presuntuoso

e impío aceptó la adoración del pueblo, e inmediatamente fue herido por el golpe de un Dios justo y celoso, su gloria se esfumó, y bajó a la tumba como una masa repugnante de putrefacción. Pero Jesús, a quien Tomás adoraba, fue llevado al cielo, pues leemos que condujo a sus discípulos «hasta Betania; y alzando las manos, los bendijo. Sucedió que, mientras los bendecía, se separó de ellos. **Ellos, habiéndole adorado**, se volvieron a Jerusalén con gran gozo; y estaban siempre en el templo, alabando y bendiciendo a Dios» (Lucas 24:50-53).

Es Juan, a quien se le había impedido adorar a un ángel (Apoc. 22:8-9), quien registra el encuentro de Tomás con su Maestro, y qué encuentro debió ser. Parece que fue solo para Tomás, pues dos veces su Señor se dirigió a él por su nombre. Descubrió que los propios pensamientos de su corazón eran leídos por el ojo del Señor que todo lo ve, y las heridas que contemplaba en aquella carne incorruptible eran para él testigos mudos, aunque elocuentes, de que Él era el que había entregado su vida, pero que también la había vuelto a tomar. Las escamas cayeron de sus ojos, su corazón se despojó de su infidelidad, la gloria del Unigénito dejó de estar velada para él, y cuando su alma fue sacada del invierno de su incredulidad, expresó la adoración de sus hermanos con aquellas verdaderas y memorables palabras: «**Mi Señor y mi Dios**».

Este encuentro con Tomás es típico del tiempo, aún por venir, cuando el Señor se mostrará al remanente de su pueblo Israel, y cuando le preguntarán: «¿Qué heridas son estas en tus manos?» (Zac. 13:6). Y cuando lo miren, lo reconocerán, como Tomás, y exclamarán: «He aquí, este es nuestro Dios, le hemos esperado, y nos salvará; este es Jehová a quien hemos esperado, nos gozaremos y nos alegraremos en su salvación» (Is. 25:9). Creerán cuando lo vean, pero «**Benditos son los que no han visto, y aun así han creído**».

## 1.5 - La luz y la verdad

«Envía tu luz y tu verdad; estas me guiarán; me conducirán a tu santo monte, y a tus moradas. Entraré al altar de Dios, al Dios de mi alegría y de mi gozo; y te alabaré con arpa, oh Dios, Dios mío» (Sal. 43).

Así clamaba el salmista mientras su alma jadeaba en busca de Dios, y Dios ha respondido a su clamor. Se había propuesto hacerlo antes de que comenzara el tiempo, y que todo aquel que lo buscara pudiera encontrar su pleno gozo en Él, y eso de una manera que nunca podría haber entrado en ninguna mente humana. La forma en

que lo ha hecho se relata en el Evangelio del apóstol Juan; es este vemos la altura desde la que han llegado la luz y la verdad, la grandeza de Aquel que fue enviado para ser ambas cosas: las profundidades de la vergüenza a las que llegó para salvarnos, y la forma triunfante en que nos conduce, no solo a los altares de Dios, sino a su propio hogar y corazón. En [Juan 1](#) aprendemos *la gloria de su Persona*, que dijo: «Yo soy la luz» y «Yo soy la... verdad».

«En el principio era el Verbo» –Su existencia eterna.

«Y el Verbo estaba con Dios» –Su personalidad distinta.

«Y el Verbo era Dios» –Su Deidad personal

«El estaba en el principio con Dios» –Su compañerismo eterno con el Padre, pero distinto de él.

La Palabra nos lo presenta como Aquel en quien la sabiduría de la mente infinita de Dios ha encontrado una expresión personal: de ahí que leamos de él: «Todas las cosas fueron hechas por él, y sin él nada de lo creado fue hecho» ([Juan 1:3](#)).

### 1.5.1 - Su sabiduría y su poder creador

Así se cuenta la gloria eterna de su Persona, y así Juan lo introduce en nuestra fe y adoración. San Agustín escribió: “Juan, comparado merecidamente con un águila, ha abierto su tratado como si fuera un trueno; se ha elevado no solo por encima de la tierra y de todo el ámbito del aire y del cielo, sino incluso por encima de todas las huestes de ángeles y de todo el orden de las potencias invisibles, y ha llegado incluso hasta Aquel por quien fueron hechas todas las cosas, en esa frase: «En el principio era el Verbo»”.

De la gloria de su Persona, procede a la grandeza de su humillación.

«El Verbo se hizo carne» (v. 14) –Su encarnación era real y personal.

«Y habitó entre nosotros» –Su entrada como hombre en todas las circunstancias de la vida humana.

«Lleno de gracia y de verdad» –Su adecuación a todo lo que los hombres son sin comprometer lo que Dios es.

Y en relación con su venida a habitar entre nosotros, una nueva gloria irrumpe en nuestra visión: una que el poder creador no podía revelar: una que nunca habría

sido revelada en absoluto si no hubiera sido por el gran propósito que estaba en el corazón del Padre al enviarlo.

Y contemplamos su gloria, la gloria del «único del Padre», su relación inmutable de amor y su unidad de naturaleza con el Padre.

Un hábil y reverente escritor ha dicho: “La suya era la gloria del unigénito, recién salido del esplendor de la luz increada. Toda idea que no sea la de pura Deidad soberana en esta parte del argumento es insignificante y profana”.

El mismo escritor, hablando de este maravilloso epíteto, «Hijo único», dijo: “Cuando el evangelista afirmaba la perfecta y eterna intimidad y unión entre las gloriosas Personas de la Divinidad, y el indecible e infinito cariño de nuestro Señor hacia el Padre, cuando transmitía la idea más elevada posible de la majestad de la verdad evangélica, cuando quiere imprimir en la mente de sus lectores un profundo sentido de lo inescrutable de la naturaleza divina y de la certeza de las manifestaciones de Dios en Cristo, declara: «Nadie», ningún ser creado, «ha visto jamás a Dios: el Hijo único, que está en el seno del Padre, lo ha dado ha conocer» (v. 18): cuando, de nuevo, quiere ilustrar la benevolencia de Dios con el mayor esplendor, dice: «En esto fue manifestado el amor de Dios en nosotros, en que Dios **ha enviado a su Hijo único** al mundo, para que vivamos por él» (1 Juan 4:9). Y, finalmente, cuando nuestro Señor quiere presentar la incredulidad como el último extremo de la culpa humana, no encuentra ningún argumento más fuerte que el que se transmite en este apelativo: «El que no cree ya está condenado, porque **no ha creído en el nombre del único Hijo de Dios**».

Pasamos de la gloria de Su persona y de la grandeza de Su condescendencia a la **perfección de su vida**.

«Yo te glorifiqué en la tierra, acabando la obra que me diste que hiciera» (17:4) –**Su absoluta devoción a la voluntad de Dios**.

«Yo soy la luz del mundo. El que me sigue no andará en tinieblas, sino que tendrá la luz de la vida» (8:12) –**Su perfecta manifestación de Dios, única fuente de vida y luz para los hombres**.

Habiendo amado a los suyos que estaban en el mundo, los amó hasta el fin» (13:1) –**Su amor inmutable y fidelidad a los que había elegido del mundo**.

Cuán grande es la bendición que proviene de la consideración de la plenitud de la luz y la verdad en la vida humilde de esta gloriosa Persona; de su idoneidad para

satisfacer la condición y la necesidad de cada pecador a quien buscó; de su paciencia hacia su ignorancia; su compasión hacia sus penas; su misericordia hacia sus enfermedades y su gracia hacia sus pecados. Qué testimonio de su plenitud dan Nicodemo, el pecador de Sicar, el tullido de Betesda, los discípulos azotados por la tormenta, la multitud hambrienta, la adúltera culpable, el mendigo ciego, las hermanas de Betania afligidas, y todos los que no estaban demasiado cegados por su amor a sus propias malas acciones para contemplar Su gloria. Fue así, en medio del cansancio, del hambre y de la sed, despreciado y rechazado por los hombres, que trabajó entre ellos para que el corazón del Padre se diera a conocer, que sus palabras fueran declaradas y sus obras realizadas; y el que lo ha visto «ha visto al Padre». Él es la luz y él es la verdad.

### 1.5.2 - Su sufrimiento y la vergüenza que los hombres pusieron sobre él

«Uno de los alguaciles que estaba presente le dio una bofetada» (Juan 18:22).

«Entonces todos gritaron otra vez, diciendo: ¡No a este, sino a Barrabás! Y Barrabás era un malhechor» (v. 40).

«Pilato tomó entonces a Jesús y mandó que lo azotasen» (19:1).

«Los soldados entretejieron una corona de espinas y se la pusieron en la cabeza, y lo vistieron con un manto de púrpura; y acercándose a él, le decían: ¡Salve, Rey de los judíos! Y le daban bofetadas» (v. 2-3).

«Gritaron, diciendo: ¡Crucifícalo!» (v. 6).

«Entonces lo entregó a ellos, para que fuese crucificado. Ellos, pues, tomaron a Jesús y se lo llevaron» (v. 15-16).

Así, Aquel cuya gloria el Evangelio despliega ante nosotros, fue azotado, escarnecido, abofeteado, execrado y crucificado.

A lo largo de este camino de dolor y vergüenza, el Varón de dolores, lo recorrió firme para cumplir la voluntad de Dios. Elevándose por encima de toda la contumacia y el odio con que le odiaban los hombres, cuyo propio aliento era el suyo, aceptó de resolver la cuestión de la gloria de Dios con respecto al pecado, y se hizo portador de ella.

### 1.5.3 - Su gran sacrificio

«Él, llevando la cruz, salió al [lugar] llamado de la Calavera, y en hebreo, Gólgota» (19:17).

Él sostiene «todas las cosas con la palabra de su poder», aprendemos de **Hebreos 1:3**: pero más pesada que el universo fue la carga que llevó aquel día, pues entonces y allí era «El Cordero de Dios que quita el pecado del mundo» (**Juan 1:29**).

«Lo crucificaron, y con él a otros dos, uno a cada lado, y Jesús en medio» (v. 18).

«Cuando Jesús probó el vinagre, dijo en griego “*Tetelestai*” que significa: ¡**Cumplido está!** E inclinando la cabeza, entregó el espíritu».

¡Qué incomparable es la dignidad del santo Sufridor en medio de la vergüenza de esa cruz! ¡Qué triunfante fue esa palabra antes de entregar su vida! La voluntad de Dios cumplida; el príncipe de este mundo (Satanás) totalmente confundido; el gran sacrificio realizado que llenaría el universo con la gloria de la luz y la verdad que Él llevó hasta la muerte para manifestarlas plenamente.

Debemos citar un pasaje más de este solemnisimo capítulo: «Uno de los soldados traspasó su costado con una lanza, y en el acto salió sangre y agua» (v. 34).

El último acto de odio del hombre puso de manifiesto el amor de Dios en toda su plenitud.

“De la misma lanzada que le atravesó el costado, salió la sangre para salvar”.

Y ahora, mediante la eficacia infinita, eterna y permanente de esa sangre, estamos en la luz, es decir, somos llevados a la plena revelación de lo que es Dios para que nuestro gozo sea pleno. «Si andamos en la luz, como él está en la luz, tenemos comunión unos con otros» (en la verdad). Y la base inagotable de ambos es «la sangre de Jesús su Hijo nos limpia de todo pecado» (**1 Juan 1:7**).

Al considerar la cruz de nuestro Señor Jesucristo, no nos sorprende nada de lo que pueda surgir de ella. Estamos seguros de que Dios debe haber tenido algún gran propósito al enviarlo, y en esto encontramos que no estamos engañados, pues cuando resucitó de entre los muertos el Señor envía este mensaje a sus discípulos: «Vete a **mis hermanos**, y diles: **Subo a mi Padre y vuestro Padre, y a mi Dios y vuestro Dios**» (**Juan 20:17**). Ahora tiene hermanos, a quienes puede declarar el nombre de su Padre, y conducirlos, no a un altar judío sobre el que humea un sacrificio impotente, sino que habiéndolos santificado él mismo para siempre por su única ofrenda,

los conduce al Padre para que lo adoren en espíritu y en verdad. Aceptamos con profunda humildad este lugar y esta relación que el amor eterno planeó primero, y luego hizo posible, y mientras encontramos nuestro gozo en la comunión con el Padre, y con su Hijo Jesucristo, poseemos a Aquel que nos conduce a ella como nuestro Señor y nuestro Dios.

#### 1.5.4 - Lo que prueban los Evangelios

Algunos que odian la verdad de que Jesús es el Hijo en la Divinidad afirman que solo el Evangelio según Juan lo declara. Esto es falso: el hecho se declara muy definitivamente en los otros Evangelios, pero lo que es aún más sorprendente e igualmente convincente es que esta gran verdad está entretrejida en la textura misma de todos ellos. Así como el oro estaba entretrejido con el azul, la púrpura, la escarlata y el lino fino en el efod del sumo sacerdote (Ex. 28), y no podía separarse de él sin destruir todo el tejido, así los Evangelios deben quedar reducidos a jirones sin sentido si se sacan de ellos las palabras y las obras en las que se muestra la Deidad de Jesús. Quitar esto es arrancar el sol de los cielos espirituales, y quitar su verdadera humanidad es robarnos la atmósfera por la que la luz del sol nos llega.

El Evangelio según Mateo se abre con: «Jesucristo, hijo de David, hijo de Abraham», pero antes de llegar al final del capítulo leemos: «Será llamado **EMANUEL**, que traducido significa: **DIOS CON NOSOTROS**» (v. 23).

«Le pondrás por nombre **JESÚS**», dijo el ángel del Señor a José al explicarle que el niño que María iba a dar a luz había sido concebido por el Espíritu Santo. Y este nombre es infinitamente precioso para nosotros porque es su nombre personal y humano: el nombre que nos habla de su gracia y ternura, de su vida humilde, de su dolor y de su muerte; pero este nombre también lleva consigo la gloria divina, pues significa **Jehová Salvador**. Sí, el mismo nombre de su humillación, el que fue escrito en burla en su cruz, nos declara la grandeza de su persona y el amor de su corazón: Él es Jehová el Salvador.

Este nombre de eterna dulzura para todos los que creen, le fue dado porque él «salvará a su pueblo de sus pecados». Ellos eran «su pueblo». El gran *Yo soy el que soy*, habló a Moisés desde la zarza ardiente, y lo envió a liberar a Israel, su pueblo, de la esclavitud egipcia, él mismo había aparecido para liberarlos de una esclavitud mayor. Había venido a conducirlos a una libertad más gloriosa con un brazo extendido de poder: pero había venido en esta forma humilde para que no le tuvieran miedo:

Había venido para ser el Cordero de Dios: el Hijo del hombre elevado, para sufrir por sus pecados, y finalmente para quitar de sus corazones esa extraña perversidad que les hacía abrazarse a sus cadenas y preferir su miseria y esclavitud a la misericordia y el cuidado de Dios. Debe estar voluntariamente ciego quien no ve que debe ser divino y, sin embargo, un hombre, un hombre que debe ser él mismo sin pecado si ha de salvar a otros de sus pecados, una persona divina que tiene vida en sí misma si ha de impartir vida a otros y sacarlos de la esclavitud de la muerte.

Los sabios vinieron diciendo: «¿Dónde está el Rey de los judíos que ha nacido? Porque en oriente vimos su estrella, y hemos venido para adorarlo». ¿Alguna vez, antes o después, apareció una estrella en los cielos ante el nacimiento de un niño? Estos príncipes trajeron sus regalos, regalos como los que los nobles de lejos traerían a un rey, pero «hallaron al niño, con María su madre», reconocieron primero su gloria divina y «postrándose, lo adoraron». Entonces reconocieron su realeza y sacaron sus regalos: oro, incienso y mirra. Adoraron a Dios y dieron regalos al Rey. ¡Qué grande es este misterio de amor! Aquel, cuyas «salidas son desde el principio, desde los días de la eternidad», que iba a ser «Señor en Israel», había salido de Belén Efrata (Miq. 5:2), pero en forma tan mansa y humilde que el mundo pasó por alto, pero al ojo ungido brilló su gloria: la gloria del único del Padre, lleno de gracia y verdad.

En el registro inspirado por el Espíritu Santo, «el niño» siempre tiene la precedencia sobre su madre. Cinco veces en el capítulo 2 leemos sobre «el niño, con su madre», en sorprendente contraste con ese sistema blasfemo, Roma, que pinta sus cuadros de “la Virgen y el Niño”. Pero si él no hubiera sido más grande que la madre que lo dio a luz, el Espíritu de Dios no le habría dado así la primacía, pues fue él quien fundó la Ley que decía: «Honra a tu padre y a tu madre»; y puede observarse aquí (aunque esto pertenece al Evangelio según Lucas y no al de Mateo), que cuando Simeón entró en el templo y tomó al «niño Jesús» en sus brazos, reconociendo en él «la salvación de Dios», bendijo a José y a su madre, no al niño Jesús (Lucas 2:34). Si Jesús hubiera sido como esos otros niños reunidos en el templo ese día, ¿qué más natural que Simeón lo hubiera bendecido? Pero esto no podía ser, porque el menor no puede bendecir al mayor.

Se notará que cada vez que el ángel del Señor se dirige a José, quien, siendo el esposo de María, era el tutor legal del pequeño, nunca comete el error de llamar a Jesús “tu hijo”. La gente comete este error, y su error se registra para nosotros en Lucas 4, pero las Escrituras guardan este asunto con el mayor cuidado, y en esta conexión se cita la palabra profética con respecto a la estancia en Egipto; «De Egipto llamé

a **MI HIJO**». Volviendo al Evangelio según Lucas, es importante notar que cuando María, reconociendo vagamente quién era él, u olvidándolo por el momento, pareció cuestionar su lealtad y obediencia a José y a ella, diciendo: «**Tu padre** y yo te hemos buscado angustiados», él respondió de inmediato: «¿No sabéis que debo estar en los asuntos de **MI PADRE**?» (Lucas 2:49).

Se ha dicho por algunos que siempre buscan cualquier subterfugio para derribar la verdad de que Jesús no es del primer hombre, este salió del polvo, y pecó, y vuelve al polvo de donde salió; sino que es el segundo hombre, el Señor salido del cielo, que no realizó su filiación al Padre hasta su bautismo. Este pasaje expone esa falsedad, y nos muestra claramente que, al salir a una edad responsable, el Señor sabía quién era, de quién venía, y cuál era su asunto. El hecho de que él era el Hijo del Padre fue declarado públicamente desde el cielo por la voz del Padre en su bautismo (Lucas 3:17), donde por primera vez aparece la verdad de la Trinidad.

Los profetas de antaño se habían presentado ante el pueblo con el «Así dice Jehová» en sus labios, pues en tiempos pasados, y de diversas maneras, Dios hablaba así a los padres; pero en el sermón del Monte Jesús se presentó y dijo: «Os digo», y los que le escuchaban se asombraban de su doctrina, pues les enseñaba como quien tiene autoridad (Lucas 7:29). Esta autoridad era la autoridad de Jehová, pues esto es lo que él declara ser, teniendo poder para excluir del reino de los cielos a todos los que no hacen la voluntad de su Padre que está en los cielos. Vean cuán íntimamente relaciona el reino de los cielos con él mismo. A algunos, cuyos labios lo habían reconocido, pero cuyos corazones no se habían sometido a la voluntad de su Padre, que deseaban entrar en ese reino: les dirá: «Apartaos de mí»; y lo dirá como si pudiera mirar detrás de la profesión y de todo lo externo, y leer el corazón, cosa que nadie más que Dios puede hacer (Mat. 7:23).

Más adelante en el Evangelio, extiende sus manos a la humanidad y clama: «¡Venid a mí todos los que estáis trabajados y cargados, y yo os daré descanso!» (Mat. 11:28). Conocía las miserias, las cargas, los sufrimientos y los pecados del mundo: cada gemido, cada suspiro y cada lágrima los notó, y conociendo todo, se propuso aliviarlos a todos. ¿Qué hombre, por poderoso que sea en su influencia, grande en su intelecto o amplio en sus simpatías, se atrevería a hacer un llamamiento como ese a los hombres? Pero Jesús lo hizo, y lo sigue haciendo; y una innumerable hueste de santos rescatados dará testimonio eterno de que su obra es tan buena como su palabra. El orador es el Hijo, eterno, infinito, omnipotente; el poderoso Creador que abre su mano y satisface las necesidades de todo ser viviente: la fuente de la vida y de la misericordia cuyas compasiones no fallan: por lo tanto, él es capaz, siendo

en sí mismo suficiente para toda la creación y para cada hombre dentro de ella, de quitar cada carga de cada alma humana y satisfacer cada anhelo dentro de cada una de ellas.

Él es el Hijo en cuyas manos el Padre ha entregado todas las cosas, a quien solo el Padre conoce, y que conoce al Padre y lo revela a quien quiere (Lucas 11:27). Se mostró como el Maestro de los elementos cuando reprendió a los vientos y a las olas y acalló su furia hasta una gran calma (Lucas 9:26): tenía poder en la tierra para perdonar los pecados, lo cual es una prerrogativa de Dios (Lucas 9:6). Reclamó la lealtad absoluta de los corazones de sus discípulos, antes que a su padre o a su madre, a su hijo o a su hija, algo que solo Dios puede reclamar (Lucas 10:37). Se declaró a sí mismo como el Señor del sábado (Lucas 12:8), indicando claramente que, aunque era el Hijo del hombre, era él quien había ordenado el sábado para su pueblo. Como Creador de la abundancia de la tierra y del mar, repartió los 5 panes y los 2 peces, de modo que una multitud fue alimentada hasta la saciedad, y quedaron 12 cestas llenas (Lucas 14:15-21). Caminó triunfante sobre las agitadas olas a medianoche, y con su poder permitió a su siervo Pedro hacer lo mismo (Lucas 14:25-31). Desenmascaró a los fariseos con la pregunta: «¿Qué pensáis del Cristo? ¿De quién es Hijo?» «De David», fue su pronta respuesta. Entonces citó las Escrituras que ellos conocían tan bien. «Dijo el SEÑOR a mi Señor: Siéntate a mi derecha, hasta que ponga a tus enemigos debajo de tus pies». Preguntó: «Pues, si David lo llama Señor, ¿cómo es su Hijo?» (vean Mat. 22:41-45). Se callaron, pues no tenían respuesta a este gran misterio. Todo el Evangelio según Mateo es la respuesta a la pregunta; y nosotros nos gloriamos en el conocimiento de este gran misterio; el Hijo de David e Hijo del hombre es el Hijo de Dios, y aunque sus enemigos rechazaron sus derechos como hijo de David, ha sido resucitado y hecho Señor de todos. Está sentado a la diestra de Dios en el mismo trono de Dios, y nadie más que Dios podía hacer eso; y regresará de nuevo al mismo lugar donde sus enemigos lo expulsaron de su herencia. Vuelve como raíz y vástago de David, Señor de David e hijo de David.

El Evangelio se cierra con su lugar en la Divinidad plenamente declarado, pues todas las naciones deben ser bautizadas en el Nombre (no “los nombres”, la palabra está en singular) del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo.

Por último, cuando las dispensaciones del tiempo hayan cumplido su propósito y seguido su curso, y Dios habite con los hombres en una creación redimida, toda criatura inteligente se regocijará en un Dios Trino plenamente revelado:

- como *Padre*, la fuente de toda bendición para los hombres;

- como **Hijo**, el que trajo la bendición a los hombres;
- y como **Espíritu Santo**, que con su poder hace que la bendición sea buena en los hombres.

«Para que Dios sea todo en todos» (1 Cor. 15:28).

## 1.6 - La necesidad de la Deidad de Jesús

La necesidad de la Deidad de Jesús nos está presentada primero en relación con que los hombres sean llevados a Dios en justicia, pues ningún propósito de Dios con respecto a ellos podría realizarse si no fueran llevados a él en justicia, y establecidos ante él de acuerdo con su justicia eterna y la santidad de su naturaleza. ¿Cómo podría hacerse esto, y quién podría hacerlo? La pregunta no es nueva. Fue formulada por Job hace muchos siglos, cuando clamó: «¿Y cómo se justificará el hombre con Dios?» (Job 9:2). Y la pregunta no era una cuestión de interés pasajero, que atrajera su atención por un momento simplemente; recibió su más seria consideración, porque se dio cuenta de lo vital que era. En el capítulo 9 de su libro lo encontramos probando una por una las sugerencias que surgieron al respecto, y finalmente, aparentemente sin esperanza de encontrar una respuesta, estallando en ese lamento que conmueve el alma: «Porque no es hombre como yo, para que yo le responda, y vengamos juntamente a juicio. No hay entre nosotros árbitro que ponga su mano sobre nosotros dos. Quite de sobre mí su vara, y su terror no me espante. Entonces hablaré, y no le temeré; porque en este estado no estoy en mí» (v. 32-35).

¿Perciben ustedes dónde estaba parado, y pueden interpretar sus sentimientos? En efecto, dijo: “Sé que he pecado contra él, y si él fuera un hombre como yo, podría, teniendo los sentimientos de un hombre, entender su desagrado: podría estimar la extensión de mi ofensa, y podría ir a él y restituir el mal que he hecho, y así estar en paz con él. Pero él no es un hombre como yo, y no puedo entrar en juicio con él. No sé por dónde empezar la discusión, y no puedo medir las exigencias de su justicia. No tengo ningún terreno en el que apoyarme ante él: el abismo que nos separa es inconmensurable por mi parte; él es todopoderoso, santo y justo, y yo soy débil, pecador y culpable; su misma santidad es un terror para mí; me da miedo”.

Solo podía tener Job esperanza si aparecía en el caso un hombre como él, o mediador, plenamente capacitado para asumirlo; y ved con qué exactitud había calibrado la situación; debe ser alguien que pueda situarse entre nosotros –entre Dios, infinitamente santo y justo, y el pecador, culpable y con la conciencia destrozada– y

poner su mano sobre ambos; y, dice él, no conozco a nadie que pueda hacerlo. He sentido la necesidad de alguien así, lo he anhelado, lo he buscado, pero no lo he encontrado.

Observen bien las calificaciones que debe poseer el mediador necesario; debe interponerse entre Dios y el pecador, y poner su mano sobre ambos; y les ruego que no pierdan el significado de eso. Está registrado que cuando David iba a llevar el arca a Sion, siendo ese arca el trono de Dios en Israel, y el símbolo de su presencia allí, Uza extendió su mano para sostenerla, y en el momento en que sus dedos presuntuosos tocaron ese trono de Dios, cayó a la tierra como un cadáver. Aprenden de ese solemne incidente que ningún hombre pecador puede poner su mano sobre Dios, o sobre el trono de Dios, y vivir. El mediador por el que Job clamó en su desesperación debe ser capaz de poner su mano sobre Dios, debe ser igual a Dios, puro como Dios es puro, santo como Dios es santo, grande como Dios es grande; nadie menos podría intervenir o ser útil para Job o para nosotros. Pero también debe poner su mano sobre los hombres; debe ser uno de nosotros, pero sin pecado, o necesitaría un mediador él mismo. Debe ser capaz de tomar nuestra parte e identificarse con nuestro vasto endeudamiento, capaz de responder por la enormidad de nuestra culpa, y eliminarla. ***Debe ser Dios y Hombre.***

Debería ser evidente para todos nosotros, como lo fue para Job, que no podemos producir tal mediador, porque ningún hombre, ni siquiera el mejor, podría exaltarse a sí mismo a la Deidad; el intento de hacerlo, que será hecho por el superhombre venidero, la bestia de **Apocalipsis 13**, será el clímax de toda blasfemia; y resultará en que, ese personaje impío e inspirado por el diablo, será arrojado vivo al lago de fuego (**Apoc. 19**). Los hombres no pueden dar a luz al mediador necesario; aquí llegan al final de su ingenio; no tienen esperanza sino en Dios, Aquel cuya gloria ha sido desafiada por el pecado de ellos. Pero el extremo del hombre es la oportunidad de Dios, y el que Job no pudo encontrar en la tierra ha venido del cielo, y nuestra parte es quedarnos quietos y ver la salvación del Señor.

El Nuevo Testamento es el libro del Mediador. En su primer capítulo aparece 2 veces en letras mayúsculas el nombre de su gran tema, su verdadero título, **Jesús**. «Lo llamarás Jesús; porque él salvará a su pueblo de sus pecados» (v. 21). Dio «a luz a su hijo [primogénito], y le puso por nombre Jesús» (v. 25); y Jesús es Emanuel; **Dios con nosotros**.

Siendo Dios, sabía, según la perfecta estimación de Dios, cuál era el efecto para el universo del desprecio del hombre por su voluntad; cómo y hasta qué punto la glo-

ria de Dios estaba en peligro por el pecado del hombre; cuáles eran las exigencias del trono eterno respecto a la violación de sus justos decretos. Sabía hasta qué punto la voluntad propia del hombre lo había convertido en esclavo de Satanás, cuán grande era el abismo que lo separaba de Dios; cuán absolutamente impotente era para rectificar el terrible mal que había cometido. Conocía la pena que debía pagar, el conflicto que debía librar, el trabajo que debía realizar. Era la voluntad de Dios que cada problema que el pecado del hombre había planteado fuera tomado y resuelto de manera que cada atributo suyo fuera glorificado y la salvación asegurada para nosotros, y él, el Hijo, vino a cumplir la voluntad de Dios. Dijo: «Un cuerpo me preparaste... He aquí yo vengo, en el rollo del libro está escrito de mí, para hacer tu voluntad, oh Dios» (Hebr. 10:5-7). Se hizo hombre para ponerse en ese lugar por nosotros ante Dios; para tomar la cuenta de nuestro terrible endeudamiento, y pagarla en su totalidad, para que Dios mismo pudiera escribir «*pagado*» (*Tetelestai*) en la cuenta. Esto implicó para él las penas del Calvario; y allí, como el santo Sustituto de los hombres, «sí mismo se dio como rescate por todos». El sacrificio que hizo ha satisfecho todas las demandas del trono, y ahora es «el solo mediador entre Dios y los hombres, [el] Hombre Cristo Jesús» (1 Tim. 2:5-6). Pero solo uno que pudiera estimar las cosas de acuerdo a la propia medida de Dios podría hacer lo que él ha hecho.

¡Qué Salvador es Jesús! ¡Cuán plenamente digno es de nuestra más completa alabanza! Se inclinó hacia nosotros para poder poner su mano sobre nosotros, por muy degradados que estuviéramos, y lo ha hecho con ternura y gracia, de tal manera que no tenemos miedo. No hay terror para nosotros en su mano, no nos acobardamos ante él. Nos ha tocado con el tacto de un hombre, y nos ha atado con las cuerdas del amor. Sin embargo, nunca fue menos que Dios, y Dios nos ha tocado en él. Ha puesto una mano sobre nosotros y la otra está colocada sobre el trono de Dios, y él es el único mediador. Con una mano ha ofrecido la más completa satisfacción a las justas demandas de Dios, y con la otra nos ha otorgado la plenitud de la gracia. Nos lleva a Dios y nos da un lugar en su presencia sin temor, y en paz eterna, una paz establecida sobre el fundamento infalible e inamovible de la justicia divina, asegurada para nosotros por una persona divina para la gloria eterna de Dios.

Así somos justificados ante Dios, y todo nuestro temor es eliminado, y somos libres de contemplar la mano que ha sido puesta sobre nosotros, y de señalar el hecho de que es una mano herida; una mano que fue clavada por nosotros cuando se identificó con nosotros, mientras estábamos sometidos al juicio de Dios, para poder salvarnos. También conocemos el poder de esta mano; ha sufrido la muerte por nosotros y no

renunciará a su dominio sobre nosotros para siempre. Como él es ahora un hombre en el cielo, así seremos nosotros allí; él el primogénito entre muchos hermanos, nosotros sus asociados identificados con él en una unidad eterna. Él nunca renunciará a la verdadera humanidad que ha asumido, y como él es, así son también los que son suyos. El propósito de Dios es que seamos conformes a la propia imagen de su Hijo. Y así seremos, y sin embargo nunca olvidaremos que él es «sobre todas las cosas, Dios bendito por los siglos» (Rom. 9:5).

## 2 - Su suficiencia total para nuestra necesidad

«En toda angustia de ellos él fue angustiado» (Is. 63:9).

«Y me ha dicho: Mi gracia te basta; porque mi poder se perfecciona en la debilidad» (2 Cor. 12:9).

«Él dijo: No te dejaré ni te desampararé» (Hebr. 13:5).

*“¡JESÚS! Tú eres suficiente  
Para llenar la mente y el corazón,  
Para calmar el alma –Tu vida paciente,  
Para disipar su temor –Tu amor”.*

*“Todavía en Ti, el dulce sabor del amor,  
En cada acto brilló,  
Y, el amoroso favor de Dios, se mostró  
A toda alma necesitada”.*

(J. N. Darby)

### 2.1 - El Amigo de los pecadores

Solo durante una breve hora se descorre el velo que cubre los primeros 30 años de la vida de nuestro Señor, y se registra para nuestra enseñanza un solo dicho suyo durante ese período. Pero ¡qué revelación de perfección santa y sin pecado, y de disposición a llevar el yugo del servicio para la bendición de la humanidad, revela ese único dicho! «¿Por qué me buscabais? ¿No sabéis que debo estar en los asuntos de **MI PADRE**?» Es probable que a la edad de 12 años un niño comience a ele-

gir definitivamente entre el mal y el bien; y el Señor nos está presentado en este hermoso pasaje haciendo su elección; rechazó el mal y eligió el bien; como estaba escrito por el profeta, que Emanuel lo haría. Los asuntos de su Padre –la voluntad de su Padre– eran buenos, perfectos y aceptables para él, y con esta voluntad atesorada en su corazón vivió sus días de juventud, hasta que llegó el momento de su manifestación.

«Manzana de oro con figuras de plata es la palabra dicha como conviene» (Prov. 25:11), y «la palabra a su tiempo, ¡cuán buena es!» (Prov. 15:23). Tales fueron todas las palabras del Señor; cada una de ellas surgió en su propio tiempo y circunstancia, y ninguna más oportuna que esta palabra. En el registro de sus palabras también, todas están colocadas divinamente. Si una Persona divina, divinamente perfecta y bendita, vino al mundo para la bendición eterna de los hombres, es justo que se dé un registro divino de su venida, de sus palabras y caminos, también divinamente perfectos y benditos, para que aquellos por quienes vino puedan tener una perfecta seguridad al respecto. Si se admite lo primero, lo segundo sigue una secuencia lógica. Suponer que Dios enviara a su Hijo único al mundo para que pudiéramos vivir a través de él, y que habiendo hecho eso, permitiera que un registro humano imperfecto y contradictorio fuera el solo registro de su vida y muerte aquí, sería suponerlo culpable de una locura colosal. El registro debe ser tan perfecto en su propia esfera como Aquel cuya vida y misión registra fue perfecto en la suya, o de lo contrario no tenemos conocimiento seguro o certeza de estas cosas de las que depende el bienestar eterno de nuestras almas.

Si las Sagradas Escrituras son lo que los críticos dicen que son, meros documentos antiguos y humanos, en los que se registran eventos que los escritores no recordaron sino pobremente, para ser probados por la erudición humana, que, por cierto, comienza su prueba por un decidido sesgo en contra de ellos; si pueden ser cortados y criticados, aceptados o rechazados, en partes o totalmente, entonces, ¿dónde estamos en este asunto? La declaración triunfal del ángel de que traía «buenas noticias de gran gozo» cuando anunció el nacimiento de Jesús es una burla; no sabemos si nuestro gran Redentor dijo alguna vez: «¡Venid a mí todos los que estáis trabajados y cargados, y yo os daré descanso!» (Mat. 11:28). Tales palabras maravillosas pueden haber sido puestas en su boca, como Shakespeare puso grandes dichos en la boca de sus personajes. ¿Advirtió realmente a los hombres contra “la condenación de la Gehena” y pronunció esas benditas palabras sobre las muchas mansiones en la Casa de su Padre? No podemos decirlo a menos que el registro de ellas sea divinamente perfecto, y divinamente seguro.

Creemos en Dios, y estamos seguros de que, si «Dios amó tanto al mundo, que dio a su Hijo único para que todo aquel que cree en él, no perezca, sino que tenga vida eterna» (Juan 3:16), se encargaría de que, habiendo dado «su don inefable» (1 Cor. 9:15) para los hombres, estos no tuvieran ninguna incertidumbre al respecto. Por lo tanto, las Escrituras son inspiradas por Dios; los hombres que las escribieron fueron movidos por el Espíritu Santo; tenían estas cosas, no de oídas, o de su propia observación imperfecta, sino «desde el principio» de la fuente de todo conocimiento verdadero, de Dios mismo. Por lo tanto, el registro de las palabras de nuestro Señor es un registro divino, y las palabras están colocadas divinamente, de modo que brillan como manzanas de oro en cuadros de plata.

Es en el Evangelio según Lucas donde se registran únicamente estas palabras, y qué bellamente encajan en el carácter de este Evangelio.

El Evangelio según Lucas es el Evangelio de «los asuntos de mi Padre». Es el Evangelio de la gracia, pues esto implica el nombre del Padre.

Es el Padre que, en el corazón mismo, ve a su hijo pródigo a lo lejos, y se compadece de él, y corre a su encuentro cuando aún está muy lejos, y se echa sobre su cuello y lo besa; y clama en su gozo: «Comamos y alegrémonos; porque este hijo mío estaba muerto y ha vuelto a vivir; estaba perdido y ha sido hallado» (Lucas 15:23-24). Sí, el Evangelio según Lucas es el Evangelio de la gracia para los pecadores culpables, y el Señor era el recipiente de esta gracia; el asunto de su Padre era su asunto. Estaba aquí para comenzar, para llevarlo a cabo y para terminarlo, y el hecho de que esté coronado de gloria y honor a la derecha de su Padre, es la prueba de que lo ha hecho benditamente, como lo es también el hecho de que millones se regocijan en la gracia de Dios que les ha traído la salvación.

Siendo el vaso de la gracia de Dios, fue y es el Amigo de los pecadores. Recuerden sus primeras palabras en el testimonio público que se nos da en este Evangelio. «El Espíritu del SEÑOR está sobre mí; porque me ungió para anunciar buenas noticias a los pobres; me ha enviado para proclamar libertad a los cautivos, y a los ciegos que recobren la vista; para poner en libertad a los oprimidos; para proclamar el año de gracia del SEÑOR» (Lucas 4:18-19).

Vino a los hombres magullados, quebrados, ciegos y atados por el pecado, y les dijo: «Hoy se ha cumplido esta Escritura como la oís», y todos se asombraron de las palabras de gracia que salían de su boca.

En cada Evangelio, la forma de la oposición de sus enemigos pone de relieve la carac-

terística principal que presenta el Evangelio. Así sucede aquí. A los religiosos no les gustaba la gracia, no podían entenderla; estaban tan llenos de su propia importancia que se maravillaban de que Jesús no les hiciera la corte y buscara su patrocinio; se enfadaban y despreciaban cuando buscaba la compañía de los pecadores, y esta es su principal queja en este Evangelio; contra esto gritaban constantemente su oposición.

En [Lucas 5:30](#) murmuraron contra sus discípulos, diciendo: «¿Por qué coméis y bebéis con los cobradores de impuestos y pecadores?».

En [Lucas 7:34](#) se ponen abusivos y dicen: «He aquí un hombre comilón y bebedor de vino, amigo de cobradores de impuestos y de pecadores».

En [Lucas 15:2](#) dicen con amarga enemistad: «Este recibe a pecadores y come con ellos».

Y de nuevo en [Lucas 19:7](#), «todos murmuraban diciendo: Ha ido a hospedarse en casa de un hombre pecador».

Decían la verdad a pensamiento suyo, y lo que pensaban que era su vergüenza era su gloria, como una innumerable hueste de pecadores salvados por la gracia declarará para su alabanza eterna.

No vino a los religiosos orgullosos, quienes, aunque sabios en su propia vanidad, eran “necios, crecidos insolentes en el engaño; la mayoría, cuando los perdidos morían a sus puertas”. No vino a llamar a los justos, sino a los pecadores al arrepentimiento; «el Hijo del hombre vino a buscar y a salvar lo que se había perdido» (19:10).

Dijo: «¡No temas!», al pecador Simón ([Lucas 5:10](#)); «Quiero, queda limpio», al pobre leproso ([Lucas 5:13](#)); «No llores más», a la viuda de corazón roto ([Lucas 7:13](#)); «Tus pecados te son perdonados», a la pecadora que lloraba a sus pies ([Lucas 7:48](#)); y «Hoy estarás conmigo en el paraíso», al malhechor moribundo ([Lucas 23:43](#)).

Vino a hacer los asuntos de su Padre, y para ello se le dio la lengua de los doctos [o instruidos], para que supiera hablar una palabra a tiempo al que está cansado; su oído se despertó de mañana en mañana, para oír como el que aprende ([Is. 50:4](#)). Pero, ¿quién era el que vivía así en completa y diaria obediencia a la palabra de su Padre, para poder llevar a cabo su empresa? [Isaías 50](#) nos dice esto también: «¿Por qué cuando vine, no hallé a nadie, y cuando llamé, nadie respondió? ¿Acaso se ha acertado mi mano para no redimir? ¿No hay en mí poder para librar? He aquí que

con mi reprensión hago secar el mar; convierto los ríos en desierto; sus peces se pudren por falta de agua, y mueren de sed. Visto de oscuridad los cielos, y hago como cilicio su cubierta» (v. 2-3).

Sí, este es el que vino del cielo para ser el Amigo del pecador, y para llevar a los más pobres y a los peores la gracia salvadora de Dios. Él es el Creador, que vino a redimir con el brazo extendido; pero eso le supuso una vida de sufrimiento y vergüenza entre los hombres, y el odio de los que no le amaban. El que con mano omnipotente corre la cortina de la noche sobre los cielos, dice: «Jehová el Señor me abrió el oído, y yo no fui rebelde, ni me volví atrás. Di mi cuerpo a los heridores, y mis mejillas a los que me mesaban la barba; no escondí mi rostro de injurias y de esputos» (Is. 50:5-6).

¡Maravilloso Amigo de los pecadores! ¿Quién no dejaría de lado su propia justicia y orgullo para conocerte?, y considerar todas las cosas como pérdida por la excelencia de conocerte a Ti!

## 2.2 - El Señor y la vida doméstica

Para asegurarnos de su constante y particular cuidado por nosotros en todas nuestras circunstancias, Dios se ha esmerado infinitamente en su segura y santa Palabra; es brillante con muchos dichos fieles al respecto, y hermosa con muchos casos concretos en los que se ilustra su perfecto cuidado por los que confían en él; pero nada puede ser más concluyente y convincente al respecto que la vida de nuestro Señor Jesús en la tierra.

Consideremos, pues, cómo actuó el Señor Jesús en relación con los asuntos domésticos y las necesidades generales de aquellos a quienes amaba, tal como se nos muestra en el Evangelio según Juan. En ese Evangelio, recordemos, está presentado como el Verbo, que estaba con Dios, y que era Dios, el gran Creador del universo hecho carne para nuestra bendición. Es en este Evangelio donde él dijo: «El que me ha visto, ha visto al Padre». Por lo tanto, al contemplar su tierna misericordia siempre fluyendo, vemos lo que es el Padre, pues así lo ha revelado.

¿No es, entonces, muy digno de mención y lleno de consuelo para todos los que necesitan consuelo, que, en este Evangelio, y solo en este, se nos muestra como un **invitado en una boda**, regocijándose con los que se regocijan? ¿Y no es igualmente significativo que, en este Evangelio, y solo en él, se nos muestre también como **llorando en una tumba**? La boda es el comienzo de la vida del hogar, y puede

representar su período más alegre; la tumba sellada es el cierre y la ruptura de la misma, el día más oscuro de todos. Y el Señor, que vino a la tierra para mostrarnos al Padre, estuvo en ambos; ¿y hay algún día entre los 2 en que esté ausente? ¡No! Él ha dicho: «No te dejaré, ni te desampararé», y eso, nótese, de nuevo en relación con la vida del hogar (Hebr. 13:4-6).

Hay profundidades de significado espiritual en estos 2 incidentes, y ciertamente debemos buscarlas, pero al hacerlo no debemos perdernos lo que está claro y llano en la superficie. Jesús, que era el Creador, el Hijo único de Dios, el revelador del Padre, se asoció con los suyos en las alegrías y las penas de su vida familiar. Que desaparezca la idea de que solo conozcamos su presencia en las reuniones de oración o de culto; que solo se relacione con lo que se conoce como servicios religiosos. Si esto fuera todo, entonces nuestra espiritualidad sería artificial y muerta, y nuestro Señor sería inútil para nosotros en nuestras pruebas, y apenas tendría más valor que los ídolos mudos de los paganos. Pero él viene a la vida del hogar cuando se le permite, viene en toda la plenitud de una gracia inagotable, regocijándose si nosotros nos regocijamos, y convirtiéndose él mismo en la fuente de un gozo que las circunstancias terrenales no pueden producir; permaneciendo junto a nosotros en los días de tensión y dolor, para simpatizar y apoyar el corazón que mira hacia él. Qué cerca nos lo trae; qué real lo hace; qué tierno y accesible lo muestra.

Si esto es así (y solo los que no conocen al Señor lo negarán), entonces todo lo que tenemos que hacer es poner en su conocimiento nuestra necesidad. En las bodas de Caná esto se hizo y él suplió la carencia. Felices el novio y la novia que fueron lo suficientemente sabios como para pedirle a Jesús que viniera a su boda. En el hogar afligido de Betania esto se hizo, y no se hizo en vano. Le contemplamos de pie con María postrada a sus pies. Escuchad mientras ella derrama su dolor ante él. Observadla, mientras mira a través de su llanto su querido rostro, y mira, sus mejillas también están bañadas en lágrimas. Sí, él se preocupa. ¡Qué hermoso le habrá parecido aquel día! Su compasión debe haber absorbido su dolor. ¡Qué revelación de su corazón fueron esas lágrimas! ¡Qué intimidad con él le produjo el dolor de María!

*“El brote había tenido un sabor amargo,  
Pero oh, qué dulce es la flor”.*

Cristo llegó a ser supremo en su amor. Ella había aprendido, en aquel silencioso paseo junto a Jesús hasta la tumba de su hermano, cuán plena y tiernamente entraba él en su dolor; cuán capaz era de sacarla de las profundidades y sostenerla con su

simpatía; cómo todas las preguntas que podían surgir en su mente en cuanto a la rectitud de los caminos de Dios con ella fueron resueltas en él mismo, y cómo su amor, tan perfecto y verdadero, porque era el amor de Dios, fue capaz de curar la herida y llenar el vacío en su corazón; y esas fueron lecciones, y esa fue una experiencia, que ninguna palabra mortal puede describir, pero el resultado de ella apareció cuando en adoración silenciosa ella derramó el precioso unguento sobre sus sagrados pies. Y lo que él fue para María «ayer», lo es «hoy» para todos los que lleven su dolor a sus pies. Y en él, Dios se revela, convirtiendo lo que parece solo un mal en un bien eterno.

El mismo bendito cuidado se expresa de la manera más hermosa en las palabras del Señor a Zaqueo: «Hoy tengo que quedarme en tu casa». Esto no lo dijo solo para el jefe de los recaudadores de impuestos, sino también para nosotros; es el camino que la gracia del Señor le obliga a tomar hacia todos los que ha buscado y salvado, y así puede decirse que la salvación ha llegado a todos los que son suyos; salvación no solo de la pena del pecado, del fuego de la Gehena al fin, sino para cada día del viaje a la patria, porque él mismo es la salvación para nosotros, y es un Salvador de todos los días, que nunca nos dejará ni nos abandonará.

¡Qué consuelo hay aquí para todos aquellos a los que las tormentas de la angustia arrasan! El Señor está con ellos, y cada dolor puede ser puesto a sus pies y cada dificultad puede serle contada. Aquella vida que parece tener el menor dolor tiene sus dificultades y cargas, y ninguno de nosotros tiene suficiente sabiduría o fuerza para lidiar con ellas. Pero él es suficiente para las pequeñas pruebas y para las grandes, y somos tan valiosos para él que nunca nos abandonará. Solo dejemos que se comprenda que la gracia de Dios lo trajo hasta nosotros, no solo para salvarnos, sino para permanecer con nosotros, y que él está siempre a nuestro lado para apoyarnos, socorrernos y simpatizar con nosotros, eso cambiará el aspecto de toda pena y producirá el cántico donde ha estado el suspiro. Es la comprensión de su presencia lo que puede llevar al santo de Dios a decir: «Aunque ande en valle de sombra de muerte, no temeré mal alguno, porque **tú estarás conmigo**; tu vara y tu cayado me infundirán aliento» (Sal. 23:3). Y si «Él dijo: No te dejaré, ni te desampararé», podemos decir con valentía: «El Señor es mi ayudador; no temeré: ¿qué me puede hacer el hombre» (Hebr. 13:5-6).

Observen cuidadosamente que el Señor no se limitó a decir a Zaqueo: «Tengo que quedarme en tu casa», sino «**en tu casa**». Se interesó por la familia del hombre que había buscado y salvado. Había que encontrar un lugar para él en el círculo del hogar, de modo que no solo las necesidades y dificultades individuales, sino también

las de la familia, pudieran ser puestas en su conocimiento.

## 2.3 - El Señor de los vientos y de las olas

Cuando los discípulos se embarcaron en el mar de Galilea en aquella tarde que relatan 3 de los Evangelios, no necesitaron mucha fe para poner a su Maestro en el asiento del timón y confiarle el gobierno de la nave, pues el viento era favorable y el mar estaba en calma. Pero cuando se levantó la tormenta y las luces de la orilla se perdieron en la oscuridad, y descubrieron que él se había dormido en el lugar que le habían asignado, les pareció que habían puesto en peligro su seguridad. El buen barco podría haber tenido alguna posibilidad de superar el vendaval si el timón hubiera estado en las manos fuertes y capaces de uno de los hijos de Zebedeo, o si Simón, bien despierto, hubiera tenido el control, pero ¿qué esperanza podía haber en un mar así mientras el timonel dormía? A medida que la tempestad crecía en violencia, su terror aumentaba, hasta que, cuando parecía que las poderosas olas iban a romperlos por completo, lo despertaron con ese grito, amargado por la incredulidad: «¿No te importa que perezcamos?» (Marcos 4:38). Y en ese grito, el poder de su Maestro sobre la tormenta y su amor por ellos se manifestaron por igual.

¡Qué vergüenza debieron sentir cuando, en respuesta a su grito, se levantó de su sueño y calmó los elementos con una palabra! Cuán escandalosas debieron parecer sus dudas sobre él cuando los vientos se retiraron a sus órdenes y las olas le obedecieron como un perro obedece a su amo. Ah, ¿por qué no tenían fe? Podrían haberse tendido junto a él y haber conocido la maravilla de la paz ininterrumpida en la tempestad, y haber hecho aquella noche más memorable por su confianza en él. Podrían haber compartido su paz con él, pues no fue la indiferencia lo que marcó ese sueño grabado suyo, sino la paz, la maravillosa, la hermosa, la imperturbable paz en la más salvaje tormenta que jamás haya azotado ese mar. Y no estaban ni una pizca más seguros cuando esa gran calma se extendía sobre las aguas que cuando las grandes olas tronaban sobre ellos, pues el Hombre que dormía en su barco azotado por la tormenta era el Señor del universo, y tanto en la paz como en la calma estaban bajo su cuidado. Si se hubieran dado cuenta de esto, le habrían honrado y se habrían ahorrado muchas preocupaciones, pues si su mano estaba en el timón, todo estaba bien.

Tengamos cuidado de no fallar en nuestra confianza en el Señor como fallaron esos hombres temerosos. Puede que hayamos hablado de la seguridad en él con buen tiempo, pero cuando naveguemos en aguas tormentosas, aferrémonos firmemente

al hecho de que él no puede fallar. ¿Nos hemos encomendado a su custodia? Él es muy digno de nuestra confianza. ¿Podemos decir, como dijo Pablo en el pasado?: «Sé a quién he creído, y estoy convencido que es poderoso para guardar mi depósito hasta aquel día» (2 Tim. 1:12). ¿Conocemos tan bien su amor y su sabiduría que podemos mantener nuestra mente en él y poner el timón de nuestra pequeña embarcación en sus manos y dejarlo allí? ¿Le preguntamos a veces: «No te importa»? Dejemos que las Escrituras nos den la respuesta: «Depositando sobre él toda vuestra ansiedad, porque él tiene cuidado de vosotros» (1 Pe. 5:7).

## 2.4 - Sostenidos por las olas

Era de noche, y los discípulos de nuestro Señor estaban a flote en el mar de Galilea. Él había permanecido en la tranquila ladera de la montaña orando a su Padre, pero miró a través de la oscuridad y los vio esforzarse inútilmente, pues las olas se agitaban. Su corazón se compadeció al ver cómo los desconcertaba la tormenta, y desde su apacible retiro salió al mar para ir hacia ellos. Su aspecto, al ir de ola en ola, los asustó, pero su voz los calmó rápidamente. Qué dulce debe haber sido la paz que los llenó cuando le oyeron decir: «¡Tened ánimo; **yo soy; no tengáis miedo!**» (Mat. 14:27). Sí, es bueno oír la voz del Señor por encima de las tormentas nocturnas y saber, en los días de tensión, que él está cerca.

Pero Pedro, impulsivo y lleno de admiración por su Maestro, y dispuesto a atreverse a mucho para estar cerca de él, dejó la barca para unirse a él donde caminaba. Entonces se encontró en circunstancias nuevas y extrañas para él, circunstancias en las que la criatura solo podía hundirse y perecer. Pero aquí entra la parte más hermosa de la maravillosa historia. Sintió su desesperada necesidad y clamó a su Señor, y «al instante Jesús, extendiendo la mano, lo agarró», y lo sostuvo (v. 31). Y junto con el Maestro de todas las tormentas, Pedro caminó sobre las mismas crestas de las olas. El vendaval seguía arreciando ferozmente y el mar se agitaba y agitaba alrededor de sus pies, pero fue sostenido por el poder omnipotente y caminó al lado de su Señor, erguido, sin miedo y reconfortado.

Ahora entendamos la historia. El Señor, que se sienta por encima de las crecidas de las aguas y gobierna las olas desde su trono de calma eterna, no envía socorro a sus santos como un espectador compasivo que no sabe nada experimentalmente de las penas que padecen. No. Él bajó sobre las olas, vino desde la paz eterna del cielo a la tormenta donde sus seres queridos trabajaban; los vientos soplaban y las olas se agitaban a su alrededor. Cuando sus discípulos lo vieron, se asustaron y supusieron

que era un espíritu, pero no era un espíritu. ***Era un hombre, y es un Hombre.*** Esto es lo sorprendente. Porque los niños participaron de la carne y la sangre, él, el Señor de gloria, también participó de lo mismo, para conocer en su propia experiencia la ferocidad de las tormentas que acosan a nuestra débil humanidad; y fue tentado en todo como nosotros, sin pecado, y por eso puede socorrernos con una simpatía perfectamente humana, aunque divina.

Fue la mano de un Hombre, en la que estaba el mismo poder de Dios, la que sostuvo a Pedro en aquella noche memorable. Es la mano de un Hombre –de Jesús, que se conmueve con el sentimiento de nuestras enfermedades– la que se extiende hacia nosotros, y nos sostiene sobre las mismas olas que han saltado para nuestra destrucción. Es el Hijo de Dios, eterno en su ser, y omnipotente en su poder, y sin embargo un hombre que nos amó lo suficiente como para morir por nosotros, para quitar de nuestras almas el miedo a la muerte y hacernos triunfar para siempre.

Queremos que nuestros lectores se aferren a esta gran verdad, no como una teoría, sino como un hecho que debe ser conocido primero por la fe y luego por su bendita experiencia. La de Pedro fue una experiencia individual, la tuvo para sí mismo, pero es una experiencia que todo cristiano puede tener cuando los mares de angustia se acercan. Sí, cada uno por sí mismo puede ser sostenido por esa mano del poder de la gracia y ser más que un conquistador en la misma circunstancia que amenaza con tragarlo. La necesidad y la angustia de Pedro se extendieron y alcanzaron el corazón del Salvador, y la mano del Salvador se extendió y alcanzó a su santo que se hundía, y con su necesidad satisfecha, sus temores calmados y su fe fortalecida, Pedro caminó de la mano de su Maestro hasta que cesó la tormenta.

## 2.5 - El buen Pastor

La mano que magulló la cabeza del diablo y aplastó el poder de la muerte es la mano que sostiene las ovejas de Dios con seguridad para siempre, pero [Juan 10](#) no fue dado para asegurar a las ovejas de Cristo que están eternamente seguras. A menudo se utiliza con ese propósito, y sin duda ha dado consuelo de esa manera a miles de almas acosadas. Pero ese no es su propósito. Las ovejas de Cristo no deberían necesitar que se les asegure su seguridad. Debería ser suficiente para ellas que sean ***sus*** ovejas. ¿Puede él dejarlas escapar? Él es ***el buen Pastor***. Puso su vida para liberarlas de todo enemigo. La ha vuelto a tomar para reunir las en un solo rebaño: el rebaño de Dios. ¿Puede perecer una de ellas? Imposible. Su grandeza, su bondad, su amor y su poder lo impiden por completo. Están a salvo. Pero las

preciosas palabras de este capítulo no fueron pronunciadas, y conservadas, para asegurar a las ovejas que están a salvo, ni para ocupar sus pensamientos en ellas mismas, sino en Cristo. El capítulo trata del Pastor. Fue escrito para que pudiéramos ver su grandeza y escuchar la melodía de su voz, y, como consecuencia, conocer la suprema bendición de seguirlo.

*«El que entra por la puerta es el Pastor de las ovejas».*

La puerta es el camino de entrada señalado, y por ese camino vino él, por el camino que estaba marcado por las profecías de antaño, que hablaban de él. Otros habían venido afirmando ser Cristo, pero habían demostrado ser ladrones y salteadores, movidos por la vana gloria, y lucrándose con las ovejas: no vinieron por el camino señalado. Él vino al redil (Israel), cumpliendo las Escrituras. Su entrada en el redil se da en los primeros capítulos de Mateo, en cuyo Evangelio se le presenta como el Mesías de Israel, y estos capítulos son significativos con la frase «se cumplió lo dicho por el profeta». Y en Su salida, dada en los capítulos finales de Juan, se nos dice a menudo que las cosas le fueron hechas «para que se cumplan las Escrituras».

Hay profecías que hablan de su gloria; cómo, como el Sol de justicia, se levantará con la curación en sus alas, y llenará la tierra con el conocimiento de Dios, para ese tiempo esperamos; pero hay otros que nos dicen que fue «Despreciado y desechado entre los hombres, varón de dolores, experimentado en quebranto; y como que escondimos de él el rostro, fue menospreciado, y no lo estimamos» (Is. 53:3). Estas profecías le marcan un camino de humillación y sufrimiento; lo muestran pisoteado por los soberbios de la tierra; «fue desfigurado de los hombres su parecer, y su hermosura más que la de los hijos de los hombres» (Is. 52:14). Dio su espalda a los azotadores, y sus mejillas a los que le arrancaban el pelo; no escondió su rostro de la vergüenza ni de los escupitajos. Se sometió perfectamente a la voluntad del que le envió. El Señor Dios abrió su oído y no fue rebelde, ni se apartó.

Ahora, observen bien quién es el que recorrió este camino de sumisión a Dios, y de sufrimiento por parte de los pecadores, que fue abofeteado por los hombres porque quiso obedecer a Dios. Dice: «He aquí que con mi reprensión hago secar el mar... Visto de oscuridad los cielos, y hago como cilicio su cubierta» (Is. 50:2-3). Él es el poderoso Señor del universo.

*“Los arcos del cielo resonaron  
Mientras los ángeles cantaban,  
Proclamando su grado real,*

*Pero de humilde nacimiento  
Vino el Señor a la tierra,  
y con gran humildad”.*

Así se nos muestra como el Pastor de las ovejas, manso, sumiso y humilde de corazón, el Siervo de Dios y el Siervo de los hombres, sí, incluso de aquellos que lo odiaban y se burlaban de él. ¿Hemos visto la gloria de esa vida suya, la gloria de su humildad?

## 2.6 - Su muerte en la cruz

«En verdad, en verdad os digo: Yo soy la puerta de las ovejas» (Juan 10:7).

Él se ha convertido en la puerta de la salvación y la libertad para las ovejas, el único camino de bendición designado por Dios, pero se ha convertido en esa puerta al dar su vida por ellas. No había otro medio por el que pudiera liberarlas, pues todas eran pecadoras y estaban sujetas al poder de la muerte. Así que la espada se despertó contra Aquel que es el Pastor, que ha demostrado ser el Pastor al interponerse entre esa espada y las ovejas. «Él herido fue por nuestras rebeliones, molido por nuestros pecados; el castigo de nuestra paz fue sobre él, y por su llaga fuimos nosotros curados. Todos nosotros nos descarriamos como ovejas, cada cual se apartó por su camino; mas Jehová cargó en él el pecado de todos nosotros» (Is. 53:5-6). No se trata aquí del dolor corporal; de las espinas, los golpes y los clavos; ni de toda la vergüenza y la degradación relacionadas con el hecho de que sufriera la muerte de un malhechor; indudablemente nuestro Señor sintió estas cosas con una intensidad de la que ningún otro podría ser capaz; pero hubo más que eso en el Calvario, pues «Jehová quiso quebrantarlo, sujetándole a padecimiento» (Is. 53:10). Fue la espada de Jehová la que lo hirió cuando su alma fue hecha una ofrenda por el pecado; las olas de su ira se cernieron sobre él cuando estuvo de pie por las ovejas.

Dio su vida por las ovejas. Entró en el campo donde la muerte parecía tener un dominio indiscutible, y allí anuló al que tenía el poder de la muerte, es decir, al diablo. Así como David derrotó al poderoso gigante en Ela, el buen Pastor, con su muerte, destruyó al gran enemigo y logró la liberación de las ovejas.

Él entregó su vida, ningún hombre se la quitó. Tuvo poder para entregarla y poder para volver a tomarla. Estas son palabras maravillosas, que proclaman el hecho de su Deidad, pues ninguna criatura podría haber hablado así y, sin embargo, en esta misma conexión dice: «Este mandamiento recibí de mi Padre» (v. 18). Qué sor-

prendente es lo que nos saluda aquí. El poder supremo de la Deidad era suyo y, sin embargo, se muestra ante nosotros en absoluta sumisión al mandato del Padre. Pero, además, este mandamiento del Padre tenía a las ovejas totalmente en mente. Su propósito era que fuesen salvadas de todo enemigo, y ha encontrado una nueva razón para amar a su amado Hijo en que entregó su vida por ellas. Estas son cosas maravillosas para la meditación del corazón. ¿Hemos visto al buen Pastor en la gloria de su amor?

## 2.7 - Su resurrección de entre los muertos

«Por esto el Padre me ama, por cuanto yo doy mi vida para volverla a tomar» (Juan 10:17).

Ha vuelto a tomar su vida para, como gran Pastor, reunir a las ovejas de Dios en un solo rebaño. Su voz sonó en medio del legalismo muerto de la religión de los judíos, y las ovejas de ese rebaño la oyeron y le siguieron fuera de él; su voz también debía resonar tierna y claramente sobre las lejanas montañas del pecado, para que sus «otras ovejas», de entre los gentiles, también fueran traídas, para que hubiera **un rebaño** y un solo Pastor. No un rebaño en el que las ovejas se mantuvieran unidas por los altos muros de la ley y las ordenanzas, como los judíos se habían mantenido alejados de las naciones; ni tampoco por reglas y reglamentos, ya sean escritos o no, sino un **rebaño** mantenido unido por la autosuficiencia y el poder de atracción del **único Pastor**.

Este es el comienzo de la revelación de la unidad de la compañía cristiana. Se desarrolla en el pensamiento de la familia que tiene a Dios como **Padre**, y aún más en el Cuerpo y su única Cabeza, que es Cristo: pero hay una dulzura en el pensamiento del único rebaño que es enteramente propio, y es esta: las ovejas no están unidas entre sí orgánicamente, como lo están los miembros de un cuerpo, sino que cada individuo en el vasto rebaño de Dios está unido al Pastor por una intimidad conocida solo por él. «Él llama a sus propias ovejas por nombre». «Conozco mis ovejas, y mis ovejas me conocen». Es porque le conocemos a él que pertenecemos al único rebaño. Él tiene un nombre especial para cada uno de nosotros, cada uno de nosotros es

*“Llamado por ese nombre secreto  
De deleite no revelado”.*

Comprenderemos plenamente su significado cuando le veamos “patios abarrotados

de santos” de arriba, pero ahora nuestros oídos deberían estar tan atentos a su voz que deberíamos aprenderla aquí. Debería haber en cada oveja una historia secreta del alma con el Pastor, que aumentara en bendición a medida que pasan los días.

Cuán preciosa es esta unidad para Dios y para Cristo, y para todo aquel cuyo corazón es inteligente en la verdad divina. «Yo soy el buen pastor, y conozco mis ovejas, y mis ovejas me conocen. Como el Padre me conoce a mí, así también yo conozco al Padre, y pongo mi vida por las ovejas». Esta es una intimidad y comunión que el pensamiento de la criatura nunca podría haber concebido, y que solo puede ser disfrutada por el Espíritu Santo.

«Habrá un solo rebaño y un solo Pastor»; este es el propósito de Dios, y, bendito sea su nombre, permanece verdadero, pues no puede haber fallas en el único gran Pastor. Es cierto para Dios, y cierto también para la fe y el afecto de cada oveja que se contenta con oír la voz del Pastor y le sigue. ¿Lo hemos visto como el gran Pastor, en la gloria de su autosuficiencia para todo el rebaño de Dios? (Vean [Juan 10:1-18](#)).

## 2.8 - Su supremacía sobre todo el mal

«Mis ovejas oyen mi voz, y yo las conozco, y ellas me siguen; yo les doy vida eterna y no perecerán jamás, ni nadie las arrebatará de mi mano» (v. 27).

Estas palabras fueron pronunciadas a los que no creían, y fueron la declaración de la capacidad del Señor para guardar y bendecir a sus ovejas. Aquellos judíos que le instaron a que les dijera claramente si era el Cristo o no, buscaban alguna señal que satisficiera su sensualidad, una señal como la que les había dado cuando alimentó a la multitud. Querían un rey que les diera el pan que perece, y que los bendijera según sus propios pensamientos carnales, pero para el Pan de Dios no tenían gusto. Pero sus ovejas oyeron su voz: dijeron: «Señor ¿a quién iremos? Tú tienes las palabras de vida eterna» ([Juan 6:68](#)). Y esta vida se la dio, una vida fuera del mundo y de la naturaleza, una vida que se les manifestó en él, y que pertenecía al hogar del que había salido.

Él da esta vida a sus ovejas, y nunca perecerán, ni nadie las arrebatará de su mano. Ni la decadencia interna, ni los enemigos externos pueden quitarle aquellos que el Padre le ha dado. Él es su vida y su protector, y es supremo en su glorioso poder. ¿Puede alguna oveja dudar, ya que él es su Pastor? Si cuando fue crucificado en debilidad anuló el poder del diablo, ¿qué hará en la gloriosa fuerza de su resurrección? ¿No será triunfante sobre toda fuerza del mal, y eso para siempre? Debe ser así, y él

declara en esto su supremacía, que sostendrá a todos los que son suyos. ¿Le hemos visto en la gloria de este gran poder?

## 3 - Su sufrimiento y su muerte

«Mas él herido fue por nuestras rebeliones, molido por nuestros pecados; el castigo de nuestra paz fue sobre él, y por su llaga fuimos nosotros curados» (Is. 53:5).

«¿No os conmueve a cuantos pasáis por el camino? Mirad, y ved si hay dolor como mi dolor que me ha venido» (Lam. 1:12).

*.oh, día de la más poderosa tristeza,  
¡Día de dolor insondable!  
Cuando probaste el horror  
De la ira sin alivio”.*

*“No se encontró ningún ojo que se apiadara  
ningún corazón que soportara tu dolor;  
Sino vergüenza, desprecio y escupitajo.  
Nadie se preocupó de conocer Tu nombre”.*

(J. N. Darby)

### 3.1 - A ambos lados del mar

«Habiendo cantado un himno, salieron al monte de los Olivos» (Mat. 26:30).

«En medio de la asamblea te cantaré alabanzas» (Hebr. 2:12).

Los cristianos están llamados a ser un pueblo triunfante. Gracias a las riquezas de la gracia de Dios, pueden entonar con labios alegres sus cantos de alabanza a él, pero en esto son como los israelitas cuando vieron a sus enemigos muertos en la orilla del mar; entonces, en el gozo de su liberación del cruel opresor, pudieron tocar el timbal y cantar las altas alabanzas a Jehová, porque él había manifestado la grandeza de su excelencia en su liberación (Éx. 15). Pero no cantaron al otro lado, cuando las aguas rodaban oscuramente ante ellos, el feroz enemigo presionaba con fuerza detrás y las montañas levantaban sus escarpadas cabezas a ambos lados. Pero Jesús cantó a

ambos lados del mar.

Él «secó el mar, las aguas del gran abismo» y «transformó en camino las profundidades del mar para que pasaran los redimidos» (Is. 51:10). Lo dividió pasando a través de él, mientras toda la furia de Dios se consumía sobre él, y ahora en la resurrección puede celebrar su gran triunfo, rodeado de aquellos a quienes ha liberado; y así se cumple la palabra: «En medio de la asamblea te cantaré alabanzas». Pero también cantó en el otro lado. Cuando las profundidades llamaban a las profundidades, cuando las aguas se reunían para rodearlo, cuando las olas y las marejadas del juicio se levantaban para pasar por encima de él, cuando las tinieblas del Getsemaní y las tinieblas más profundas del Calvario, con toda su vergüenza, su desdicha, su ignominia y su indecible dolor lo enfrentaban, entonces alzaba su voz y cantaba a Dios.

Puede que los discípulos conocieran la letra y la melodía, pero no podemos suponer que comprendieran el espíritu y el significado de ese salmo de alabanza: Él era el cantor de hecho y de verdad.

Está escrito: «El que sacrifica alabanza me honrará» (Sal. 50:23), y en esto se cumplió ese pasaje y Dios fue grandemente glorificado, aunque ningún otro corazón apreciara o entendiera lo que Jesús hizo entonces.

Cuando se llegó al último «Alabad a Jehová» de ese cántico, él habló de sí mismo como el Pastor –el Pastor que, por el bien del rebaño, iba a soportar el castigo de la vara de Jehová, y en vista de este castigo tuvo que decir: «Mi alma está inmensamente triste, hasta la muerte» (Mat. 26:38). Pero en presencia de ese indecible dolor aprobó plenamente la voluntad de Dios respecto a él, y hasta la última gota bebería la copa que su Padre le dio. En esta santa determinación, consciente de la aprobación de Dios a su fidelidad, cantó su alabanza al entrar en el conflicto. Tengan la seguridad de que la música de ese cántico nunca pasará: sonará para siempre en el oído del Padre como la melodía de una confianza que nunca vaciló y de un amor que fue más fuerte que la muerte.

Así cantaba entonces, y así canta ahora. Pero ahora tiene compañeros que pueden unirse al cántico que él dirige; sus hermanos, que deben toda su alegría a su dolor; que están colocados, mediante su muerte, fuera del alcance del mar iracundo del juicio; que son uno con él en la naturaleza y la vida, y a quienes ha revelado el nombre de su Padre. Estos pueden compartir su gozo, y por lo tanto pueden cantar en concierto con él, porque están con él en la luz sin nubes del amor de su Padre, y este es su lugar para siempre. Sí, este es nuestro lugar, quienes han creído en él,

el Señor resucitado; pero cómo se conmueve nuestro corazón en medio de nuestro gozo, y lo hará para siempre, al recordar que él cantó al otro lado del mar.

### 3.2 - «A un tiro de piedra»

«Yendo un poco más adelante» (Mat. 26:39).

«Se apartó de ellos a una distancia como de un tiro de piedra» (Lucas 22:41).

Se había llegado a una gran crisis en la vida del Señor Jesús. Nunca antes se había separado de sus discípulos de esta manera, ni ellos se habían separado de él. No querían dejarlo, porque no podían prescindir de él. Cuando otros le daban la espalda, ellos decían: «Señor, ¿a quién iremos? Tú tienes las palabras de vida eterna; y nosotros hemos creído y sabemos que tú eres el Cristo, el Hijo del Dios vivo» (Juan 6:68-69), y tan ligados a él habían estado, que él les había dicho: «Vosotros sois los que habéis permanecido conmigo en mis pruebas» Lucas 22:28). Eran sus amados y amigos, y aunque no comprendían el gran dolor que llenaba su alma, había en sus corazones la simpatía del amor hacia él, y esto era muy valioso para él en aquella hora.

Pero ahora había llegado el momento de la despedida, si quería cumplir la voluntad de Dios. Le siguieron a Getsemaní; lo habían hecho a menudo, pues Jesús acudía allí a menudo con sus discípulos, y en el pasado habían velado con él en el silencio de la noche bajo aquellos olivos mientras mantenía la comunión con su Padre. Pero ahora era diferente, y él les dice: «Sentaos aquí, hasta que yo vaya allá y ore» (Mat. 26:36). ¿Quién puede decir lo que ese «allá» significaba para él? Estaba a punto de entrar en el gran conflicto, y «no hubo consoladores» (vean Sal. 69:20), y como Pedro y los hijos de Zebedeo entraban más plenamente en sus pensamientos que los demás discípulos, los lleva con él. Seguramente estos 3 podrían darle lo que anhelaba, y velar con él durante esa terrible hora. Pero también debe dejarlos. Les dice: «Mi alma está muy triste hasta la muerte; permaneced aquí y velad» (Marcos 14:34). Y se alejó un poco más, o, como leemos en el registro de Lucas, «se apartó de ellos a una distancia como de un tiro de piedra» (22:41). En el Evangelio según Mateo, Emanuel es el Rey, y era la prerrogativa del Hijo real de David actuar por derecho propio, así que allí «se fue». En el registro de Lucas, él es el Hombre obediente y dependiente, lleno y ungido por el Espíritu para estar en los asuntos de su Padre; por lo tanto, allí se «retira de ellos» por la voluntad del Padre y el poder del Espíritu. Su propio acto voluntario estaba en absoluto unísono con la voluntad del Padre y

la dirección del Espíritu.

Pero, aunque fue solo de un tiro de piedra que se retiró de ellos, como un hombre mediría la distancia, en realidad la distancia era inconmensurable. Había iniciado un camino que sus discípulos no podían recorrer; debía hacerlo solo. Era un camino que nunca había sido ni podría ser recorrido por otro pie humano que no fuera el suyo. Y estos discípulos no volverían a asociarse con él a la antigua manera; ese era un capítulo que se estaba cerrando; los lazos que lo unían a ellos como el Mesías de Israel se estaban rompiendo ahora, y él lo sentía profundamente.

Tres veces, en medio de su gran conflicto, regresó a ellos; porque, aunque ellos no podían recorrer el camino que él estaba recorriendo, ni velar en ese camino con él, su amor hacia ellos no podía cambiar; y ellos también iban a pasar por una dura criba, y él quería que, por su propio bien, velaran y oraran. Ahora no hubo respuesta a su ferviente deseo; los consoladores que buscaba le fallaron, «los encontró durmiendo». Luego, cuando despertaron de ese extraño sueño, aterrorizados al ver su dolor, «dejándolo huyeron todos» (Marcos 14:50).

El amante y el amigo se alejaron de él; ninguna simpatía humana podía ayudarlo, pues ningún corazón humano nunca podría sufrir como el suyo iba a sufrir. La copa de la que rehuyó estaba en su mano, y debía beberla hasta que no quedara ni una gota de su amargo contenido; la voluntad de su Padre y su amor por nosotros conspiraron juntos para que la tomara sin murmurar. Pero debía hacerlo solo.

*“Solo soportó la cruz,  
Solo soportó su dolor”.*

Él había dicho a sus discípulos que esta ruptura sería por «un poco» de tiempo. Como una tierna madre al dejar a su tímido hijo le asegura que “pronto volverá”, así les aseguró que lo volverían a ver. «Aún un poco, y no me veréis; y otra vez un poco, y me veréis [porque yo voy al Padre]» (Juan 16:16). El «aún un poco» pasó, y el «otra vez un poco», la distancia «como la distancia de un tiro de piedra», con toda la pena acumulada que le había separado de ellos durante ese poco tiempo, fue apartada del camino. Y en la resurrección fue en busca de sus ovejas quebradas, desesperadas y dispersas, y las reunió en un solo rebaño, y las asoció con él en relaciones nuevas y celestiales, cuya bendición nunca podrían haber concebido. Miramos hacia atrás, a ese pequeño momento en que él se alejó un poco más, con la más profunda gratitud del corazón, pues si no fuera por el dolor que pasó entonces, nunca hubiéramos podido decir: «¿Quién nos separará del amor de Cristo?» (Rom. 8:35).

### 3.3 - El amor que sufrió todo el dolor

Cuanto más profundamente conocemos el amor de Jesús, más insondable nos parece: cuanto más consideramos su camino, más nos asombra su sabiduría y su calidez. No es un amor ciego que se despierta para encontrar defectos y faltas en sus objetos que no conocía, pues desde el principio conocía con certeza omnisciente todo lo relativo a los seres queridos. Conocía también, con el conocimiento infalible de Dios, todo el camino de dolor que debía recorrer para obtener su deseo. Es un amor que no puede ser defraudado ni alarmado, y cuando llegaron las grandes pruebas no vaciló ni huyó. No hay que temer que se rompa o cambie ahora: está plenamente probado.

*“Su amor fue probado al máximo,  
Sin embargo, se mantuvo firme como una roca”.*

Considere esa gran crisis en la vida del Señor cuando Judas vino con «una compañía [de soldados y] de alguaciles... con linternas, antorchas y armas» (Juan 18:3). ¡Qué horrible, qué maléfica parecía la traición y el odio del corazón humano a la luz de las antorchas! Sin embargo, aquel grupo no era más que una avanzadilla, una columna volante enviada a reconocer: detrás de ellos estaban las huestes de las tinieblas, esperando para aplastarle y abrumarle. No eran más que el rocío de un océano tempestuoso arrojado sobre la orilla: detrás de ellos surgían los mares del dolor, espantosos e insondables. Pero, ¿cómo afrontó él la crisis? La afrontó diciendo: «Dejad que estos se vayan» (v. 8). Podría haber escapado de lo que le esperaba, desde un punto de vista, pues 2 palabras suyas eran suficientes para paralizar a sus enemigos. Pero no quiso usar su poder divino para salvarse, pues de haberlo hecho habría perdido a sus seres queridos. En su ferviente devoción, sus discípulos podrían haber luchado contra aquella banda, pero él no se lo permitió. ¿De qué habrían servido sus débiles armas contra todo lo que había detrás de esa banda de hombres que venían a llevárselo con Judas como líder? Él vio lo que había detrás de ellos: el terrible dolor, la malignidad de Satanás, el juicio de Dios, y dijo: «Dejad que estos se vayan». Vio al lobo preparándose para devorar a las ovejas. Vio también la espada justa que se había despertado contra los pecados de su pueblo, y dijo: «Dejad que estos se vayan; (para que se cumpliese lo que había dicho: De aquellos que me diste, no he perdido ninguno)».

Él soportaría todo el dolor solo. Ni una punzada deben sentir de todos esos dolores que él soportaría por ellos; ni un solo golpe de todo ese juicio que él soportaría debe caer sobre ellos. Ni una gota de esa amarga copa debía helar sus labios; él la bebería

hasta las heces y la bebería por ellos. Los protegería del sufrimiento, se interpondría entre ellos y el enemigo amenazante, se convertiría en su sustituto bajo el juicio y se sacrificaría por ellos. Ese era el único camino, y su amor lo llevó por ese camino, con firmeza y deliberación, para poder conservar para siempre a los que el Padre le había dado. Y nosotros estábamos representados allí en aquellos de quienes dijo: «Dejad que estos se vayan». Y podemos decir, cada uno por sí mismo: «Me amó y él mismo se dio por mí» (Gál. 2:20).

*“La copa amarga de la culpa,  
Se la bebió,  
Dejó solo el amor para mí.  
Lo soportó todo por mí”.*

### 3.4 - Esa hora terrible

«Esta es **vuestra hora**, y el poder de las tinieblas» (Lucas 22:53).

«¡Ahora está turbada mi alma! ¿Y qué diré? ¡Padre, sálvame de esta hora! Pero para esto vine a esta hora. ¡Padre, glorifica tu nombre!» (Juan 12:27-28).

Considera estas palabras, alma mía, en presencia de Aquel que las pronunció. Nótese bien el hecho de que hubo una hora en los años de la vida del Salvador que estuvo llena de horror para él, una hora de la que se redujo con un perfecto encogimiento, y de la que habría escapado si se hubiera encontrado alguna manera en el cielo arriba o en la tierra abajo. Era la hora del odio desenfrenado de los hombres y del poder de las tinieblas.

Había recorrido un camino difícil, pero en todos sus caminos Dios había dado a sus ángeles el mando sobre él, y en sus manos lo habían sostenido, para que en ningún momento hubiera estrellado su pie contra una piedra. De modo que, aunque sus adversarios le odiaban con un odio virulento, no podían hacerle daño. Levantándose, lo echaron fuera de la ciudad, y lo condujeron **a la cumbre del monte sobre el que estaba edificada su ciudad**, para despeñarlo. Pero él, pasando por en medio de ellos, siguió su camino ileso (Lucas 4:29). Las mismas piedras que recogieron para arrojarle se quedaron en sus manos asesinas mientras él «pasaba». Ninguna malicia del mal, ya sea de hombres o de demonios, había podido atravesar el cordón angélico invisible, pero por esta terrible hora esa protección fue retirada. Un ángel le trajo el socorro celestial en el jardín y se retiró, y él se volvió hacia sus enemigos y les dijo: «Esta es vuestra hora y el poder de las tinieblas» (Lucas 22:43-53).

Fue entonces cuando todos los elementos del mal le acosaron. Las aguas rodaron sobre él, y no se alzó ninguna voz para gritarles: “Hasta aquí llegaréis y no más allá”. Las terribles huestes que habían buscado medios para aplastarlo durante los días de su humilde servicio entre los hombres se combinaron contra él. Las riendas que los habían refrenado se soltaron, no hubo freno para ellos, y su máxima furia se abatió sobre él. Le reprocharon, le despreciaron y le injuriaron. Fuertes toros de Basán lo rodearon, abriendo la boca como un león rabioso y rugiente: los perros lo acosaron: la asamblea de los impíos lo rodeó. La espada, el poder del perro, la boca del león, los cuernos del búfalo (*Sal. 22*) –todo esto en esa hora terrible buscó su alma para destruirlo; porque destruirlo era destruir todo lo que era bueno, y derrocarlo era derrocar el mismo trono de Dios. De él, de ese Hombre solitario, el Nazareno, que en esa oscuridad no tenía ayuda, dependía toda esperanza de todos los santos, la confianza de las huestes de los grandes principados angélicos no caídos, la estabilidad del universo y la supremacía de Dios.

Nos detenemos en el odio de los hombres, pero no hemos visto ni conocido nada tan terrible como su odio hacia él, pues nunca, ni desde entonces, los hombres orgullosos se habían enfrentado a la mansedumbre absoluta: antes, ni desde entonces, el pecado se había desenfrenado en presencia de la bondad perfecta, sin protección. Pero ¿qué hay de la malignidad del demonio, y de esos poderes espirituales horribles y enteramente malignos en rebelión contra Dios, cuya función se desarrolla en el *Salmo 22*? De ellos, qué poco sabemos. Gracias a Dios, sabemos tan poco, deberíamos haber sabido mucho más si nuestro Señor Jesús no se hubiera enfrentado a ellos por nosotros: pero él conocía, con divina y omnimoda presciencia, toda su fuerza antes de entrar en esa hora. ¿Acaso nos extraña que orara?: «¡Padre, sálvame de esta hora!» Pero cuán digno de adoración eterna es él por esa consagración de alma supremamente bendita y plena que le hizo decir: «**Padre, glorifica tu nombre**» (*Juan 12:27-28*). Este fue el gran propósito de su vida en la tierra, y para asegurar esto entró y pasó por esa hora.

Fue la gran hora en que las tinieblas lucharon contra la luz por el dominio. Cuán estrechamente fue acosado en el palacio del Sumo Sacerdote; ante el Sanedrín; ante Pilato; ante Herodes; en el lugar llamado Gabata; en el camino al Gólgota; y finalmente en el patíbulo del malhechor. Se nos permite escuchar su grito: «He sido derramado como aguas, y todos mis huesos se descoyuntaron; mi corazón fue como cera, derritiéndose en medio de mis entrañas. Como un tiesto se secó mi vigor, y mi lengua se pegó a mi paladar, y me has puesto en el polvo de la muerte... Libra de la espada mi alma... Sálvame» (*Sal. 22:14-21*).

No había un arma en el vasto arsenal del mal, que Satanás y sus huestes habían estado preparando a lo largo de las edades para este horrible conflicto, que no fuera traída contra él, el enviado de Dios, para forzarle a abandonar el camino de la voluntad de Dios y hacerle gritar: “Me rindo” a la autoridad de las tinieblas. Sin embargo, él no cedió. Él era totalmente luz, las tinieblas no podían ganar terreno sobre él. El príncipe de este mundo vino, pero no tenía nada en Él. ¡Bendito, santo y adorable Señor! Habiendo agotado todos los recursos de su malicia casi ilimitada, y agotándose en su furia contra él, se sentaron a contemplarlo allí (Mat. 27:36); hombres y demonios, asombrados, desconcertados, derrotados, se agolparon a su alrededor. Tronos y dominios habían caído ante Satanás como el gran jefe de todo el mal, de modo que se había convertido en «el príncipe de este mundo» y «el príncipe de la potestad del aire» (Juan 12:31; 14:30; 16:11; Efe. 2:2). Sus conquistas eran de gran alcance y sus triunfos grandes: solo tenía que hacer retroceder al Hijo de Dios de hacer la voluntad de Dios y entonces sus victorias serían coronadas con un éxito eterno: pero en ese pobre y solitario Hombre, despreciado por el pueblo, abandonado por los que amaba y los amigos, y desamparado por Dios, encontró a su vencedor.

Considéralo, alma mía; no tuvo ni réplica ni reproche para los hombres que se burlaban de él; si los hubiera maldecido Satanás habría triunfado, pero solo las oraciones por su bendición fueron forzadas desde su alma sufriente por su crueldad. Se burlaron de él porque Dios no le ayudó en su extrema necesidad, y hacer que abandonara su fe era el propósito del enemigo; pero no se oyó ni el reproche ni la reprimenda en sus gritos cuando derramó su dolor ante Dios, cuyo oído parecía sordo a la voz de su súplica. Sin embargo, seguía clamando: «Dios mío, Dios mío... Dios mío... Tú eres santo... Sobre ti fue echado antes de nacer... Tú eres mi Dios... Fortaleza mía» (Sal. 22:1-21).

Así triunfó en esa hora terrible, y pisoteó a los enemigos de Dios bajo sus pies. Y como ningún poder del mal pudo vencerlo, fue capaz de asumir la cuestión del pecado en nombre de los hombres pecadores y resolver esa cuestión para gloria eterna de Dios, llevando su justo juicio contra él. Había sufrido por la justicia, y en fidelidad a la voluntad de Dios, pero cuando se terminó la historia completa de su sufrimiento con respecto a esto, entró en profundidades más profundas y en una hora más oscura, porque «al que no conoció pecado, por nosotros lo hizo pecado» (2 Cor. 5:21). A Jehová le agradó herirlo. Le hizo sufrir cuando hizo de su alma una ofrenda por el pecado. Murió, y mediante la muerte anuló al que tenía el poder de la muerte, es decir, al diablo. Vuelve a vivir y tiene las llaves de la muerte y del

Hades. Está coronado de gloria y honor. Debe ser exaltado y ensalzado, y puesto muy en alto, y verá el resultado del trabajo de su alma y estará satisfecho cuando la grandeza del triunfo de Dios por medio de él se manifieste públicamente al amplio universo. ¡Qué glorioso es él! Las fuerzas del mal han sido enfrentadas y vencidas; el juicio de Dios contra el pecado ha sido soportado y su justicia glorificada; el poder de la muerte ha sido destruido por su muerte, y él vive para no morir más. No es de extrañar que sus santos se deleiten en cantar:

*“Benedicid, bendicid al Conquistador muerto,  
Muerto en su victoria,  
Que vivió, que murió, que vive de nuevo,  
Para ti, para su Iglesia, para ti”.*

### **3.5 - «Fue contado con los pecadores»**

«Y cuando llegaron al lugar llamado la Calavera, allí lo crucificaron; y a los malhechores, uno a su derecha y otro a su izquierda» (Lucas 23:33).

Aquella mañana buscaron en las celdas de la cárcel de Jerusalén a los más degradados de todos los criminales que contenía esa ciudad, y los sacaron para que murieran junto con Jesús. Estos hombres habían sido culpables de crímenes, y por eso los eligieron para colgar a uno a su derecha y al otro a su izquierda; por eso lo pusieron en la cruz central. Pretendían proclamar con su plan bien meditado y malicioso que él era el peor de los 3. De este modo, le avergonzaron, añadiendo el más profundo insulto a la más profunda herida.

Pero me alegro de que fueran hombres como estos, y no Santiago y Juan, los que le acompañaran en aquel día: en esto el diablo mostró su falta de previsión, y en esto fue burlado, pues si hubieran crucificado a los hijos de Zebedeo, uno a su derecha y otro a su izquierda, se habría dicho que le estaban ayudando a terminar su obra de redención. El diablo habría engañado a los hombres, ahora que Jesús es proclamado como Salvador, y habría dicho: Estos santos hombres, sus discípulos, tuvieron su parte en su obra, de modo que no debéis confiar solo en él, sino también en Juan y Santiago, pues son dignos de tanta gloria como él.

Tal engaño no puede ser practicado sobre pecadores cansados y ansiosos; aquellos asesinos que colgaron con él no podían tener ninguna mano en la obra que él estaba haciendo. Ellos estaban sufriendo por sus propios crímenes, él, el sin pecado, por

los tuyos y los míos.

*“Solo Él soportó la cruz,  
Solo su dolor sostuvo;  
Suya fue la vergüenza y la pérdida,  
Y Él la victoria ganada.*

*La poderosa obra fue toda suya,  
Aunque nosotros compartiremos su trono glorioso”.*

Sí, Jesús es el Salvador, y solo él. Contempladle allí, en esa cruz, la oscuridad y la vergüenza de su entorno solo hacen resaltar más la gloria de su persona. Véanlo «contado con los pecadores» (Is. 53:12), cargando con el pecado de muchos, y orando por sus enemigos. ¡Cuán digno es de ese nombre que está por encima de todo nombre!

Contempladle, el objeto central del odio de los hombres; toda la indecible enemistad de los hombres contra Dios arrojada sobre él en escarnio y vergüenza, y una crueldad sin límites, y eso, además, en la misma hora en que se presentaba como la expresión infinita del amor de Dios a los hombres. En verdad, cuando lo miramos allí, cualquier otro actor en esa solemne escena se desvanece de la vista, y él se destaca solo en la incomparable gloria de su propio amor divino e in conquistable.

Sin embargo, qué evidencia es de la total oscuridad del corazón del hombre no regenerado, y de su completa alienación de Dios, que haya amontonado vergüenza y execración sobre Aquel que es la Persona más gloriosa y eternamente bendita del universo de Dios, que lo haya condenado a morir entre 2 malhechores en una cruz vergonzosa, en quien estaba centrado el eterno deleite del corazón del Padre.

### 3.6 - La victoria del Amor

«Tomaron a Jesús y se lo llevaron. Él, llevando la cruz, salió al [lugar] llamado de la Calavera, y en hebreo, Gólgota; donde lo crucificaron, y con él a otros dos, uno a cada lado, y Jesús en medio» (Juan 19:16-18).

«Tomaron a Jesús y se lo llevaron» cuando la culpa de los hombres llegó a su marea alta.

«Él, llevando la cruz»: en esto se manifestó la gran victoria del amor divino sobre el odio humano. No fue arrastrado, ni expulsado; salió. Ningún hombre le quitó la vida;

él mismo la puso. Los gritos de la chusma golpearon su oído y, con una santa sensibilidad, lo sintió todo y, sin embargo, no hubo en su corazón ningún pensamiento de salvarse. Con majestuosa humildad salió, llevando su cruz. Conocía, hasta su última amargura, todo lo que significaba la cruz. No fue tomado por sorpresa, ni salió por el impulso de un momento. En la noche que pasó en el huerto de Getsemaní había mirado en la oscuridad y había contado plenamente el costo. Había hablado de ello en el Monte santo con Moisés y Elías. Esta hora había sido planeada en la cámara del consejo de la eternidad antes de que él viniera, y ahora él no retrocede. No hubo resistencia, ni arrepentimiento, y cada paso que dio hacia el Gólgota sacudió el reino del diablo.

Y allí «lo crucificaron»; y el Cristo crucificado es la respuesta de Dios a la mentira del diablo en el Edén. Porque «Dios amó tanto al mundo, que dio a su Hijo único para que todo aquel que cree en él, no perezca, sino que tenga vida eterna» (Juan 3:16). Si Dios nos hubiera dejado recoger la amarga cosecha de nuestra rebelión y pecado, no podríamos quejarnos; pero, en lugar de esto, se comprometió a disipar las tinieblas y a derrocar el poder del diablo mediante esta poderosa y convincente prueba de su amor por nosotros. Satanás había hecho creer a los hombres que Dios era un Maestro duro, que recogía donde no había paja. Dios ha demostrado que está lleno de amor al dar el mejor regalo que el cielo contenía, incluso su propio Hijo amado, para llevar el castigo de nuestro pecado: y es cuando la luz gloriosa de este amor brilla en los corazones de los hombres que el cautiverio de Satanás llega a su fin. Jesús fue levantado en la cruz, y ese levantamiento ha declarado toda la verdad, y nosotros que la creemos, hacia él hemos sido atraídos. Él se ha convertido en nuestro gran centro de atracción, y el diablo ya no nos tiene como presa. La mentira ha quedado al descubierto, las tinieblas de la ignorancia han pasado, y Dios ha triunfado; porque el príncipe de este mundo ha sido expulsado del corazón de los que creen. Ya no los tiene como su ciudadela. Se han entregado al Dios cuyo amor perfecto se ha demostrado en la cruz de Cristo.

¡Qué grande es el esplendor del Calvario! Su luz gloriosa nos ha despertado de nuestra noche de sueño como el sol naciente de la mañana. Nos hemos visto obligados a exclamar: “¡Entonces Dios nos amó, después de todo!”. La entrada de su Palabra ha dado luz, y con la luz ha llegado la libertad. Las cortinas de las tinieblas se han rasgado, y nuestras almas han salido al día.

## 4 - Su resurrección y gloria

«Y cuando lo vi, caí a sus pies como muerto; y él puso su derecha sobre mí, diciendo: No temas; yo soy el primero y el último, y el que vive, y estaba muerto, y vivo por los siglos de los siglos, y tengo las llaves de la muerte y del Hades» (Apoc. 1:17-18).

«Porque es menester que él reine hasta que haya puesto a todos los enemigos debajo de sus pies. El último enemigo que será destruido es la muerte» (1 Cor. 15:25-26).

*“¡No está aquí! El poder de la muerte está roto:*

*El Hijo de Isai ha matado a Goliat.*

*Ved en esta roca hendida la señal*

*Que la muerte ya no reinará despóticamente.*

*Esta tumba ya no contiene al Príncipe de la Vida;*

*Los poderes del infierno han sentido el poder de Dios;*

*El hombre fuerte ha sido vencido por el más fuerte;*

*El mar Rojo ha sido golpeado por la vara del Salvador.”*

(J. Boyd)

### 4.1 - «No temáis»

La piedra, el sello y los soldados custodiaban el solitario sepulcro en el jardín donde yacía el cuerpo de Jesús. La sutileza de los sacerdotes judíos y la autoridad de Roma se combinaron para asegurar el lugar. «Id», dijo Pilato, «aseguradlo como sabéis» (Mat. 27:65). Hicieron todo lo posible, y puede que se fueran a sus camas con la seguridad de que no volverían a encontrarse con el odiado nazareno. ¿Qué órdenes se dieron a la guardia cuando se dirigieron a su inoportuna vigilancia? Me pregunto si les dijeron cómo debían tratar el esperado asalto a la tumba por parte de una turba de pescadores galileos. Es más que probable que sí, pero ciertamente no se les instruyó sobre cómo tratar un terremoto y un ángel de Jehová, cuyo rostro era como un rayo y cuyo vestido era blanco como la nieve. Y los pescadores galileos no vinieron, pero el terremoto y el ángel sí.

¡Qué momento fue aquel en que la tierra tembló y se estremeció, y el sello imperial se rompió, y la piedra fue removida de la entrada de aquel sepulcro por manos angélicas! Las lanzas brillantes y las armaduras resplandecientes fueron inútiles

para resistir este despliegue de poder celestial; el valor de los toscos defensores de esa tumba fracasó por completo y cayeron de bruces como hombres muertos.

Había muchas razones para que aquella guardia temblara y cayera de miedo, pues representaba a un mundo decidido a liberarse de Jesús, y ese pensamiento había realizado su determinación. Ahora había resucitado de entre los muertos, y su resurrección era su triunfo y la derrota de ellos. Era la declaración por parte de Dios de que había visto y desaprobado su horrible acto en el Calvario; y que Cristo era el justo ante cuyo trono todos los hombres debían presentarse.

Pero muy cerca, en aquella hora memorable, había 2 piadosas mujeres, y a ellas se dirigió el ángel con palabras de ánimo. No había nada en el poder de Dios para hacerlas temer; había todas las razones para que se regocijaran. Ellas representaban, no al mundo que odiaba a Jesús, sino a los que él había elegido del mundo, y que lo amaban porque él los había amado primero. Así que el ángel les dijo: «**No tengáis miedo**».

Parecía extraño que se dijeran tales palabras a estas piadosas mujeres, cuando los guardias caían como muertos de miedo; pero la razón se declara enseguida. «Sé», dijo el ángel, «**que buscáis a Jesús**» (Mat. 28:5).

Esa era la razón. Él era el objeto del afecto más verdadero de sus corazones. El mundo era un desierto lúgubre sin él; no podían alejarse de aquel sepulcro donde suponían que yacía. Todas sus esperanzas estaban centradas en él; y aunque su fe, por ignorancia, había sido gravemente sacudida, su amor por él permanecía. Él era su Amado y su Amigo, y en esto, aunque no lo sabían, sus corazones estaban en comunión con el corazón de Dios. Y nos unimos como aquellos que no pueden prescindir de él. Como aquellas mujeres lo buscaban porque lo amaban, así nosotros buscamos su presencia, porque él ha ganado el afecto de nuestros corazones, y en su compañía encontramos nuestro más pleno gozo. Él se ha convertido en nuestro centro de reunión, en nuestra gran atracción, en nuestro vínculo de comunión; lo que unía a estas mujeres en su búsqueda de él nos une también a nosotros; somos uno si amamos a nuestro Señor Jesucristo. No somos del mundo que lo odia, sino de Dios y unos de otros, por nuestra común devoción a él.

*“Es Él mismo quien une el corazón con el corazón,  
En un solo eterno amor”.*

Pero, ¿por qué lo buscaban? ¿Y por qué lo buscamos nosotros? El ángel proporcionó la respuesta: «Buscáis a Jesús», dijo: «**Que fue crucificado**».

Esa es la razón. Nunca lo hubiéramos buscado si no hubiera sido crucificado. Su crucifixión fue la expresión y la medida de su amor por nosotros. Cuando fue despreciado y rechazado por los hombres,

*“Despojado y azotado por manos inicuas,  
burlado por lenguas indómitas”.*

Entonces sufrió, el Justo por nosotros los injustos, para llevarnos a Dios. «Mas él herido fue por nuestras rebeliones, molido por nuestros pecados; el castigo de nuestra paz fue sobre él, y por su llaga fuimos nosotros curados» (Is. 53:4). «Cristo amó a la iglesia y él mismo se entregó por ella» (Efe. 5:25). Es un amor que sobrepasa el conocimiento y, sin embargo, lo conocemos, porque él llevó nuestros pecados, y los ha quitado todos, habiendo llevado el justo juicio que se nos debía por ellos. Él murió por nosotros.

*“Conocemos el camino, el glorioso camino que Él hizo  
A través del oscuro mar de la muerte.  
Oh Cordero de Dios, bendecimos el amor que puso  
Nuestros pecados sobre Ti”.*

Pero si el ángel no hubiera podido decir nada más de él, habría sido inútil para cualquiera de nosotros buscarlo, o aún buscarlo. No nos habría servido de nada, ni podría servirnos. Si es un Cristo muerto, no tenemos esperanza, porque «si Cristo no ha sido resucitado, vana es vuestra fe; todavía estáis en vuestros pecados» (1 Cor. 15:17). Pero un gozoso triunfo se extiende a través de las palabras del ángel, cuando proclama: «No está aquí; pues **resucitó**» (Mat. 28:6).

Su obra en la cruz ha sido aceptada; el precio que pagó allí por nosotros es suficiente. La muerte ha encontrado a su vencedor; la tumba ha sido despojada de sus terrores, y el poder del diablo ha sido roto para siempre. Se ha manifestado la aprobación del Padre a su vida y a su muerte, se ha declarado su propia grandeza y gloria personal, y se ha asegurado la redención eterna para nosotros más allá del recuerdo. Podemos entender cómo todo el miedo y los oscuros presentimientos de los corazones de estas mujeres se transformaron en confianza y gozo. Su resurrección demostró que no las había engañado; que toda esperanza que había suscitado en sus pechos se cumpliría. Y fue esto lo que el ángel les exhortó cuando dijo: «Resucitó, así **como os dijo**».

Les había dicho que resucitaría: que así fuera era la confirmación de todas sus palabras, y demostraba que era plenamente digno de su más plena confianza. Nosotros

también podemos entregar a los vientos nuestros temores, y renovar nuestra confianza en él, al leer sus palabras, que nos dicen que no fallará ni una jota ni una tilde de su Palabra. Él ha resucitado, esa es la garantía. La muerte se burla de las afirmaciones de los hombres y echa por tierra sus palabras y sus obras, pero nuestro Salvador vive como vencedor de la muerte para dar pleno efecto a todo lo que los profetas han dicho sobre él y a todo lo que él ha dicho sobre nosotros.

«*Venid, ved el lugar donde estaba el Señor*».

Debían ser testigos para los discípulos de este gran acontecimiento, por lo que debían ver el sepulcro vacío con sus propios ojos, y esto lo hicieron por invitación del ángel del Señor. Presuntuosamente, alguien cuyas blasfemias han sido cerradas por la muerte, afirmó que el Señor no resucitó realmente de entre los muertos; que sus restos todavía yacen en algún lugar cercano al Calvario. Si esto es así, la fe cristiana es un engaño y una trampa, y todos los que se han dormido en el gozo de ella han perecido. «(Pero ahora Cristo ha sido resucitado de entre los muertos, primicias de los que durmieron» (1 Cor. 15:20).

Vean cómo el valor glorioso de nuestro Señor sale a relucir en las palabras del ángel:

1. *Buscáis a Jesús* –Su valor personal.
2. *Que fue crucificado* –Su amor incomparable.
3. *Que ha resucitado* –Su glorioso poder.
4. *Como dijo* –Su absoluta confianza.

Pero hay más en esta maravillosa historia: el Señor resucitado no había olvidado a sus discípulos; ellos eran su primer pensamiento. Así que el ángel continuó: «**Id pronto y decid a sus discípulos** que resucitó de entre los muertos; y va delante de vosotros a Galilea; allí le veréis. Os lo he dicho. Salieron apresuradamente del sepulcro con temor y gran gozo, y corrieron a anunciarlo a los discípulos» (Mat. 28:7-8). Entonces los 11 discípulos se fueron a Galilea, «**a un monte donde Jesús les había dicho**».

Él designó un lugar donde podía reunirse con ellos, y, bendito hecho, él ha designado un lugar para nosotros, donde puede reunirse con nosotros. Es en este mismo Evangelio donde se registran sus preciosas palabras para nosotros: «Donde dos o tres se hallan reunidos a mi nombre, allí estoy yo en medio de ellos» (Mat. 18:20). No es el lugar que elegimos; no podemos complacernos en este asunto; el lugar es Su

designación; es nuestra responsabilidad, así como nuestro gozo obedecer su Palabra y mantener esta cita con él.

El lugar que él les designó fue fuera del templo y lejos de Jerusalén. Debemos recordar que, en el Evangelio según Mateo, él había sido presentado a Israel como su Mesías, y ellos lo habían rechazado, de modo que el templo, su casa y su ciudad debían ser desolados, y el remanente fiel debía ser sacado de ambos y reunido a Jesús. Su nombre, en lugar del templo y la ciudad, debía ser su centro de reunión. Y así, hoy en día, no es una religión sensual, un servicio ornamentado o un templo masivo lo que satisface su corazón o el de los que le aman. Encontrarse con los suyos es su deseo, y estar en su presencia sin distracción, o la intrusión de lo que agrada a la naturaleza, es el deseo de los que guardan su palabra y no niegan su Nombre.

«**Cuando lo vieron, lo adoraron**». (Mat. 28:17).

¿Podían hacer otra cosa, cuando estaba ante ellos quien había muerto por ellos, llevando en su cuerpo resucitado las marcas de su sufrimiento y muerte? Una visión de él era todo lo que necesitaban para postrarse en santa adoración a sus pies. Y así será con nosotros, si buscamos sin distracción su presencia en el lugar que él nos ha designado.

*“Jesús, solo Tú eres digno  
De recibir incesantes alabanzas  
Por tu amor, gracia y bondad  
De sobre nuestros corazones se levantan”.*

*“Alabadle, alabadle, alabad al Salvador,  
Santos alzad en voz alta vuestras voces.  
Alabadle, alabadle, hasta que en el cielo  
Perfeccionado cantaremos su alabanza”.*

#### 4.2 - «Mujer, ¿por qué lloras?» (Juan 20:13, 15).

María de Magdala está en el jardín donde el ciprés lúgubre proyecta sus sombras, y suspira con la brisa fresca sobre las tumbas de los muertos. El sol de la mañana que rompe sobre el olivo oriental no ha llegado a la profunda arboleda donde ella llora, y si lo hubiera hecho, sus rayos no tendrían el poder de disipar la oscuridad de su alma, pues ha perdido a Aquel en quien su vida estaba centrada, y no sabe dónde encontrarlo. Los discípulos, sus amigos, tienen hogares, deberes y distracciones,

pero la tierra no tiene ningún consuelo para ella mientras está de pie junto a ese sepulcro en el que yacía todo lo que ella amaba. Tampoco el cielo puede ofrecerle consuelo, pues, aunque los «ángeles vestidos de blanco» se le aparecen y le hablan, ella se aparta de ellos como si fueran intrusos, incapaces de comprender o aliviar su dolor. Contempladla mientras llora, oscuridad arriba, oscuridad alrededor, oscuridad dentro, y escuchad su grito roto: «Se han llevado a mi Señor, y no sé dónde lo han puesto» (Juan 20:13).

Su dolor parecía desesperado y abrumador, pues, creyendo que había perdido a su Señor, tanto el tiempo como la eternidad estaban desolados para ella.

Entre las sombras la espera su Señor resucitado, y cuando se vuelve y se encuentra cara a cara con él, le habla preguntándole la causa de su dolor. Pero ella supone que es el jardinero, y ¿de qué puede servirle un jardinero? El jardinero trabaja en cosas hermosas que no tienen ni penas ni almas –ella tiene ambas: él cuida cosas que crecen y derraman su dulzura por un día, luego mueren y son olvidadas– ella está llena de amargura y no puede olvidar que no busca flores, sino a «Él», que puede sanar los quebrantados de corazón, porque él mismo es llamado el «Varón de dolores». ¡Maravillosa designación para el Compañero de Jehová! El jardinero puede trabajar con simpatía entre las tumbas y esforzarse por cubrir con la belleza de la naturaleza la desnudez de la muerte, pero una tumba florida sigue siendo una tumba, y las flores se marchitan a pesar de todo su trabajo, mientras que el dolor vive para drenar el corazón rojo y blanco, a menos que intervenga una mano distinta a la del jardinero. María no quiere que un jardinero adorne una tumba, quiere que su Señor sane y satisfaga su alma; quiere a Aquel que rompe el poder de la muerte y arroja la luz de la resurrección sobre la sombría tumba.

Pero si María no conoce a Jesús, él la conoce, y la llama por su nombre con acentos que palpitan de amor infinito. Él ordena la mañana para ella, y convierte la sombra de la muerte en gozo. Las tinieblas se alejan de su alma, y la tristeza da lugar al cántico triunfal dentro de su corazón, cuando lo ve, lo reconoce y responde a su voz en esa única palabra: «Raboní». He aquí una gloriosa liberación de la esclavitud de una pena desesperada. **El Señor ha resucitado.** Él la llama por su nombre, y su presencia y su voz cambian la perspectiva de María de inmediato y para siempre.

En esto hay consuelo eterno y buena esperanza para todos los que lloran. La muerte ha encontrado a su vencedor: su fortaleza ha sido asaltada y tomada, y el oscuro rey de los terrores destronado. Cristo ha resucitado, es vencedor.

De ninguna otra manera podrían abrirse las puertas de la muerte para nosotros que

por su resurrección de entre los muertos. Él las ha abierto, y tiene las llaves de ellas, como Aquel que vive para siempre. A todos los que ponen su fe en él les dice: «No temas; yo soy el primero y el último, y el que vive, y estuve muerto, y vivo por los siglos de los siglos, y tengo las llaves de la muerte y del Hades» (Apoc. 1:17-18). Él es el dueño de la muerte y del sepulcro. ¿Quién? El Señor resucitado que les ama, y que tiernamente pone sobre ustedes la mano de su poder, y les llama por su nombre. El que probó la muerte por ustedes en su indecible amargura porque les amaba, y que ahora quiere endulzar la copa que beben con su más profunda simpatía y su amor imperecedero. Él ha inundado las tinieblas de la muerte con la luz de la esperanza, y ustedes pueden esperar con confianza el día en que «se cumplirá la palabra que ha sido escrita: ¡La muerte ha sido absorbida por la victoria! ¿Dónde está, oh muerte, tu aguijón? ¿Dónde está, oh Hades, tu victoria?... Gracias a Dios que nos ha dado la victoria mediante nuestro Señor Jesucristo» (1 Cor. 15:54-58).

La ternura de su gracia es tan grande como el triunfo de su poder: como lo fue para María en aquel lejano día, lo es para nosotros en este.

### 4.3 - El poder y la gracia

Al atardecer del día de la resurrección, los discípulos estaban reunidos, los últimos de ellos atraídos a aquella bendita cita desde la lejana Emaús por el servicio personal que el Señor les prestó: y estando así reunidos, 2 cosas dominaron sus pensamientos y los llenaron de asombro: **1) El Señor ha resucitado, 2) y se ha aparecido a Simón.** Nada podía ser más importante para ellos que lo primero, pues era la manifestación del poder victorioso de su Señor, y la confirmación de todo lo que les había dicho. Y aunque en aquel momento no comprendieron cuáles eran los resultados de esta gloriosa resurrección, debió de abrir un nuevo mundo a sus almas, y mostrarles que lo que, a sus ojos, había sido debilidad y derrota, se había convertido en un verdadero triunfo de Dios.

Pero, ¿cómo podían encontrarse con el Señor resucitado? ¿No le habían abandonado en medio de su gran dolor, y no podría él, en consecuencia, descartarlos por otros más fieles y dignos? Podrían haber pensado así, e ir a esconderse de él por la propia vergüenza, pero –él se había «aparecido a Simón» (Lucas 24:34).

No dicen que se haya aparecido a María Magdalena: sabían que sus ojos habían sido los primeros en mirarlo, pero no había nada notable en que se le apareciera a ella, pues ella –corazón devoto– había permanecido desconsolada junto a la tumba

vacía, llorando su dolor, porque no sabía dónde yacía su amado Señor. El mundo era una noche de desierto donde no brillaba ningún consuelo porque el Señor se había ido. No fue una sorpresa para ellos, ni para nosotros que, ya que había resucitado, se le apareciera a María.

Pero a Simón, que había abandonado a su Maestro y había demostrado ser el más cobarde ante los desprecios de una sirvienta, que había negado a su Señor con juramentos y maldiciones, que se le apareciera a Simón les llenó de asombro.

Así que las 2 maravillas están unidas por ellos, y en el registro del Espíritu Santo para nosotros.

Su gran poder ***lo había sacado de la tumba.***

Su tierno y bondadoso ***amor lo había llevado hasta Simón.***

Era este Señor el que estaba en medio de ellos; los poderes de las tinieblas habían sido abatidos ante él, y el fracaso de sus seguidores no lo había cambiado. Él era todo lo que podía hacer frente a cualquier enemigo externo, y a cualquier fracaso interno. No es de extrañar, pues, que el gozo de verlo fuera tan abrumador, que apenas podían creer. Pero sus dudas se disiparon rápidamente; vieron al Señor, y también es nuestro privilegio verlo –su Señor y el nuestro– que había resucitado realmente, y se le apareció a Simón.

Lo necesitamos tanto como ellos, porque la malignidad del diablo no es ni un ápice menor ahora que entonces, y tenemos que lamentar un fracaso y un pecado tan terrible como el de Simón, porque la Iglesia no ha guardado su Palabra, y a menudo ha negado su Nombre. Pero Cristo permanece inmutable, y todo propósito de Dios, con toda esperanza de su pueblo, depende únicamente de él.

Cuán bendito es entonces saber que este mismo Señor está hoy en medio de sus santos.

Son días de tensión y de prueba, en los que el diablo está tratando de acabar con todo testimonio de Dios, tanto en lo que respecta a la verdadera Palabra del Evangelio, como en la vida y la unidad de los suyos.

Pero él permanece. Si su pueblo peregrino está recorriendo una travesía por el desierto en la que es consciente de una feroz oposición, de sus necesidades individuales y de muchos fracasos, él les dice: «No te dejaré, ni te desampararé», de modo que puedan decir con valentía: «El SEÑOR es mi ayudador; no temeré: ¿qué me puede hacer el hombre?» (Hebr. 13:5-6).

## 4.4 - Jesús se manifiesta a sus discípulos

«Se manifestó Jesús» (Juan 21:1).

Simón Pedro era un hombre de acción; la suya era una naturaleza que no soportaba estar quieta y esperar; si su Maestro no le daba una orden, actuaba por iniciativa propia, y siendo un hombre así ejercía una influencia sobre los demás. Así, cuando se propuso ir a pescar, sus compañeros se sumaron a sus planes: «Y aquella noche no pescaron nada».

Mientras el rojo amanecer perseguía las nieblas nocturnas a través del mar, su Señor estaba en la orilla. Quién sabe con qué ternura los miró, hambrientos, cansados y desanimados como estaban. Los había mirado durante toda aquella noche de trabajo, los había vigilado con un amor indecible, pues eran «suyos», y el amor que les profesaba no podía cambiar, y ahora había llegado el momento en que se lo mostraría.

Al principio no le reconocieron, hasta que les demostró quién era ordenando a los peces del mar que vinieran a su red. Entonces habló aquel discípulo a quien Jesús amaba, diciendo: «*Es el Señor*».

Y así llegaron a tierra y encontraron «unas brasas puestas con un pecado sobre ellas, y pan». ¡Qué muestra de sí mismo para ellos fue esto! ¡Cómo reveló su cuidado por ellos! *Tenían frío*, y él lo sabía, y su propia mano proporcionó el fuego para calentarlos. *Tenían hambre*, y él pensó en ello, y les preparó pescado y pan para satisfacerlos. *Estaban cansados* de su trabajo, y él se solidarizó con ellos en su cansancio. Su falta de fe los había hecho temerosos y avergonzados; él lo sabía, y por eso los invitó a estar ante Él, y los hizo sentir como en casa por su gracia, mientras les daba el alimento que esas preciosas manos traspasadas habían preparado para ellos. Una revelación inigualable de sí mismo. Él, su Señor y Maestro, se alegró de servirles. Él, vencedor de la muerte y Señor de la creación, como había demostrado ser, no era indiferente a sus necesidades corporales, sino que se preocupaba por su más pequeña necesidad.

El tiempo dedicado a meditar en la maravillosa manera en que se mostró a ellos no será desperdiciado, pues aquí hay una revelación de su tierno interés por los suyos, y Él es el mismo hoy que entonces, el mismo para nosotros que para aquellos pescadores galileos.

## 4.5 - Entrando en su gloria (Lucas 24)

### 4.5.1 - «Ha resucitado»

El hecho de la resurrección corporal real del Señor Jesucristo es de la mayor importancia posible. La salvación de las almas de los hombres, la vindicación de su propia y gloriosa persona, y la supremacía del Dios eterno, todo está implicado en ella. Si Cristo no resucita, real y corporalmente, nuestra fe es vana: aún estamos en nuestros pecados. Si Cristo no ha resucitado, real y corporalmente, no es lo que dijo que era, y su vida y sus palabras en la tierra serían un cruel engaño. Si Cristo no resucita, real y corporalmente, Dios ha sido derrotado, su trono ha sido minado en su base, el diablo ha triunfado y el mal es todopoderoso en el universo.

Si Cristo no resucita, las bondadosas intenciones de Dios con respecto a la bendición de los hombres se han frustrado; el cielo nunca celebrará la grandeza de la salvación de Dios; ningún cántico se oír por los campos de la gloria; la Casa del Padre estará triste y silenciosa para siempre; la tierra seguirá siendo un desierto en el que no podrá florecer ninguna rosa fragante, y un diluvio de tinieblas, más funesto y desastroso que aquel diluvio que azotó al mundo en los días de Noé, se extenderá sobre toda la raza humana en un dominio eterno.

Si, entonces, todo depende de la resurrección de nuestro Señor –y así es, pues así nos lo enseñan las Escrituras de la Verdad– es bueno que podamos viajar en pensamiento y fe con aquellos que, el primer día de la semana, buscaron el sepulcro donde lo habían puesto; es bueno que miremos a esa tumba vacía excavada en la roca y que oigamos las voces angélicas exclamar: «¿Por qué buscáis al vivo entre los muertos? No está aquí, **ha resucitado**». ¡Gracias a Dios! Y el hecho se sitúa fuera de la región de la duda; las Escrituras, los más de 500 hermanos y Saulo de Tarso que lo vio vivo después de haber resucitado; y los felices millones de hombres y mujeres rescatados que han apostado todo por el tiempo y la eternidad en Cristo, y que han cantado su cántico de triunfo en la misma presencia de la muerte, todos se unen para dar testimonio de su victoria sobre la muerte; y sus propias palabras son para nosotros la coronación del testimonio: «No temas; yo soy el primero y el último, y el que vive, y estuve muerto, y vivo por los siglos de los siglos, y tengo las llaves de la muerte y del Hades» (Apoc. 1:18).

Que los que niegan el hecho presenten sus testigos y expongan sus pruebas.

### 4.5.2 - Él debe ser supremo

El Señor aparece en el Evangelio según Lucas con una gran misión. La llamó en sus primeras palabras registradas «los asuntos de mi Padre» (Lucas 2:49). Era «para que su pueblo conozca la salvación en la remisión de sus pecados... para resplandecer sobre los que están sentados en tinieblas y en sombra de muerte; para dirigir nuestros pies en un camino de paz» (Lucas 1:77-79). Así que su primera declaración en servicio público fue: «El Espíritu del SEÑOR está sobre mí; porque me ungió para anunciar buenas noticias a los pobres» (Lucas 4:18). Y a lo largo de todo el Evangelio la oposición a él siempre se debió a que perseguía inquebrantablemente los asuntos de su Padre. Así que murmuraron porque comía y bebía con publicanos y pecadores (Lucas 5:30); dijeron con desprecio que era «amigo de cobradores de impuestos y de pecadores» (Lucas 7:34); volvieron a murmurar diciendo: «Este recibe a pecadores y come con ellos» (Lucas 15:2). Y otra vez: «¡Ha ido a hospedarse en casa de un hombre pecador!» (Lucas 19:7). Pero el Hijo del Hombre había venido a buscar y salvar lo que estaba perdido, y las murmuraciones de ellos no le impidieron hacerlo, aunque la muerte y la resurrección se interpusieran en el camino de su cumplimiento.

Era necesario, según el plan divino de la gracia, que otros, no solo aquellos 11 discípulos con los que se reunió en este día de la resurrección, sino todos sus discípulos a lo largo de los siglos hasta el día de hoy tomaran parte en esta maravillosa misión de dar a conocer esta gracia hasta los confines de la tierra; y en este capítulo de la resurrección se ve al Señor instruyendo a sus discípulos al respecto, y ajustando sus pensamientos a las nuevas condiciones.

Estos discípulos, sin embargo, estaban sin fe, desanimados y tristes. Es extraño que haya sido así, porque ese primer día de la semana fue el más glorioso de todos los días que Dios había hecho. Pero el Señor se acercó y fue con ellos, y cuanto más escudriñamos sus caminos con ellos, mientras toma silenciosa e irresistiblemente el lugar de la supremacía en sus vidas, más glorioso nos parece.

Su confianza en él había recibido una dura sacudida, y sin embargo le amaban, y estaban recitando tristemente los hechos de la semana pasada cuando «se acercó y caminaba con ellos» (Lucas 24:15). Se acercó en más de un sentido; no hubo un despliegue repentino de poder y esplendor que los llenara de temor, sino el ejercicio de esa compasión que llena Su corazón por los ignorantes. Se acercó a ellos en su dolor y aflicción con toda la gentileza que siempre había caracterizado su trato con ellos. Eran la caña cascada y el lino humeante, que él no quería romper ni apagar.

Estaban quebrantados de corazón y doloridos de espíritu, y necesitaban el bálsamo del gran Médico, y él estaba allí para señalar tiernamente la enfermedad y aplicar el remedio. Así es él, que es el Maestro de todos sus siervos, y así los prepara para asumir su servicio con audacia y gozo.

Su error fundamental había sido que, en su pensamiento más íntimo, lo habían hecho secundario a Israel. Esto se revela en su lamentable queja: «Esperábamos que él era el que debía liberar *Israel*». Habían esperado que él rompiera el yugo extranjero e hiciera a su nación libre y gloriosa en la tierra, y si hubiera hecho esto, qué grande habría sido a sus ojos; pero, en cambio, lo habían visto clavado en la cruz de un malhechor. «Como cordero fue llevado al matadero; y como oveja delante de sus trasquiladores, enmudeció, y no abrió su boca» (Is. 53:7).

Había muerto, y su muerte era la tumba de todas sus esperanzas. Razonaron como hombres que, puesto que había muerto, todo debía estar perdido, pues la muerte es el fin de toda la gloria del hombre; sus pensamientos y propósitos yacen destrozados y rotos junto a su arcilla mortal. Pero Jesús resucitó, y la resurrección es el poder de Dios; es el nuevo comienzo de Dios y su gloria; sus pensamientos y propósitos están todos establecidos por ella, establecidos en Cristo, donde el desastre nunca puede alcanzarlos, porque «*Cristo... ya no muere*» (Rom. 6:9).

Dichosos los que, por la gracia de Dios, pueden trasladar sus esperanzas de esa raza humana que yace bajo la temible sentencia de muerte, y centrarlas en Cristo, el segundo Hombre, el último Adán, que se ha elevado por encima del poder de la muerte, la Cabeza vivificante de una nueva raza.

Estos discípulos no habían creído todo lo que los profetas habían dicho. Tenían sus textos preferidos, y esos textos hablaban del gran poder del Mesías, un poder que aplastaría a sus enemigos y los convertiría en la cabeza de las naciones; los leyeron, los apreciaron y los amaron, y tan cierto como que Dios los habló, los cumplirá; pero las Escrituras que hablaban de sus dolores, de su conocimiento del dolor, de la humillación, del rechazo y de la muerte, no las habían entendido ni creído. Con gran paciencia les expuso estas cosas, mostrándoles lo que en ellas estaba escrito acerca de *él*, y cómo debía sufrir y entrar en su gloria. Les mostró estas cosas hasta que sus ojos comenzaron a percibir glorias hasta entonces impensadas en él, y sus corazones brillaron dentro de ellos al verlas.

En la cámara del consejo de la eternidad se planeó que él tuviera su gloria como Cabeza y Centro de un universo de bendición fundado en la redención, un universo al que eran necesarios los hombres de todas las naciones, y por el camino del

sufrimiento fue probado, y en él se comprobó su idoneidad para ese lugar. Cada prueba puso de manifiesto esta idoneidad con mayor claridad hasta la prueba final: **La cruz.**

Toda perfección humana reveló su fragancia en su sufrimiento; su absoluta e incontestable obediencia a la voluntad de Dios en todo el camino que esa voluntad le llevó, su mansedumbre, su dependencia, su abnegación, todo lo que, de hecho, el hombre debe ser según el pensamiento de Dios, él lo fue, y eso hasta la muerte.

También en él, el Hombre solitario y abandonado en la cruz, aparecieron en plena revelación todos los atributos de Dios. Ningún rayo de luz procedente del exterior atravesó la terrible penumbra que le envolvía como portador del pecado, pero desde esa oscuridad brilló una gloria que llenará la eternidad. “Todos los atributos divinos se armonizaban allí –sabiduría, santidad, misericordia, justicia, poder y verdad– y, por encima de todo y a través de todo, la propia naturaleza de Dios, que es amor, fue declarada triunfalmente en el mismo lugar y hora en que su justicia exigía que el pecado fuera juzgado hasta el extremo”.

¡Maravilloso Salvador! Es a lo largo de ese camino de indecible sufrimiento que él ha entrado en su gloria. Pero la gloria en la que ha entrado no le ha añadido ninguna gloria, pues era todo glorioso mientras recorría ese camino descendente de dolor y vergüenza; no es, ni puede ser, más glorioso de lo que era cuando inclinó su cabeza coronada de espinas en la muerte.

Si ahora está exaltado a la diestra del Padre es porque solo ese lugar en el amplio universo es digno de recibirlo. El diamante ha sido colocado en el engaste de oro, él ha ido a su propio lugar. Coronas de lustre inmortal brillarán resplandecientes sobre su sagrada frente, pero esa frente es digna de ellas, y no cabrían en otra.

Mientras les exponía estas cosas, los pensamientos sobre Israel deben haberse desvanecido de sus mentes, y él debe haber ascendido al lugar supremo en sus pensamientos, de modo que cuando por fin sus ojos se abren para conocerle, ya no hacen su propia voluntad, ni piensan en sus propios intereses o comodidades, sino que en esa misma hora de la noche se levantan y regresan a Jerusalén. Hicieron su voluntad, aunque no se había expresado ninguna orden; instintivamente sabían lo que él quería que hicieran. **Su señorío era completo.** Pero su señorío se ejerció en perfecta gracia, y ellos hicieron su voluntad bajo la compulsión del amor; ningún otro servicio es aceptable para él.

### 4.5.3 - Él es el Jefe de sus siervos

Los discípulos estaban reunidos en Jerusalén aquel día hablando de su resurrección. Él los saludó con ese bendito saludo: ¡**Paz!** Porque la suya iba a ser una misión de paz, y si querían llevarla a cabo correctamente debían estar llenos y mantenerse en paz.

Con una dignidad tranquila e inigualable les convence de la realidad de su resurrección, les asegura que es él mismo y ningún otro quien está ante ellos, y les abre el entendimiento de la enseñanza de toda la Escritura sobre sí mismo. Fue esta enseñanza sobre él mismo la que los preparó para la misión y los mantuvo en paz en ella. A partir de Moisés, los Profetas y los Salmos, les mostró el plan de Dios y su gloria. Les mostró que él era el cumplimiento de cada palabra que Dios había pronunciado, ya fuera en promesa o en profecía. Por lo tanto, sus temores de que todo lo que habían esperado se perdiera, eran totalmente infundados, pues en él, su Señor resucitado, todo lo que Dios había propuesto estaba asegurado.

Y, además, aunque no se les declaró entonces, aprendieron después que en él habita toda la plenitud de la Divinidad en cuerpo, y que estaban completos en él, que es la Cabeza de todo principado y poder. Todos los recursos de Dios estaban en él para ellos, y no había un poder en el universo que pudiera interceptar esos recursos.

Hermanos en Cristo, ¿somos conscientes de que nuestro Señor es un Señor tan glorioso, Centro, Líder y Cabeza para sus siervos? Aquellos que están en el conocimiento de esto no temerán a ningún enemigo, pues todos los enemigos son derrotados, como lo atestigua su resurrección; no temerán ninguna carencia, pues toda la poderosa plenitud de Dios está a su disposición en él.

Su presencia en medio de aquellos discípulos los hizo uno, uno en corazón, objeto y propósito; pues ¿qué lugar podrían encontrar las opiniones divergentes y las aspiraciones egoístas en presencia de su glorioso Señor resucitado? Al contemplarle, llevando en su cuerpo las heridas de la cruz, heridas recibidas en su devoción por ellos, una marea de amor hacia él debió de surgir en cada corazón, y cada uno se dejaría caer instintivamente en su lugar divinamente designado con respecto a sí mismo y a los demás.

#### 4.5.4 - En el gran círculo exterior

Habiendo asumido el lugar que le correspondía entre ellos, y habiendo abierto su entendimiento para que pudieran tener un conocimiento correcto de sí mismo y de las nuevas circunstancias en que lo veían, volvió sus ojos al gran círculo exterior de «todas las naciones» y les dijo: «Así está escrito». Dejemos que esa frase nos impresione como debió impresionarles a ellos, y marque el lugar que ocupan **las Escrituras** en este capítulo; primero, en cuanto a su propia gloria personal, fue «todo lo que los dijeron los profetas»; luego, en el círculo sagrado de sus amados siervos, fue: «Era necesario que se cumpliera todo lo que está escrito acerca de mí en la Ley de Moisés, en los Profetas y en los Salmos» (vean [Lucas 24:44-47](#)). Y ahora en relación con el mundo entero es «Así está escrito». No puede haber una comprensión correcta de cualquier relación que podamos tener con el Señor aparte de las Escrituras, ni podemos actuar correctamente en cualquier esfera con él aparte de la guía de las Escrituras.

Y, además, observen el lugar que ocupan **los sufrimientos de Cristo** en este capítulo. Primero, en cuanto a su propia gloria personal: «¿No era necesario que el Cristo padeciese estas cosas?». Luego, en el círculo sagrado de sus siervos, les mostró «sus manos y sus pies». Por último, en este amplio círculo de todo el mundo: «Era necesario que el Cristo padeciese y resucitase de entre los muertos al tercer día» ([Lucas 24:26, 46](#)).

No hay ninguna esfera en la que podamos movernos con él en este lado de la gloria en la que podamos olvidar sus sufrimientos y su muerte; y en el otro lado, cuando esté en Casa en la gloria de Dios, seguirá siendo el Cordero que fue inmolado. El valor de las Escrituras es que lo mantienen constantemente ante nosotros, pues nos despliegan «los padecimientos de Cristo y las glorias que los seguirían» ([1 Pe. 1:11](#)).

Cuán maravillosamente entrelazadas están estas grandes cosas: la inspiración e infalibilidad de las Escrituras, los sufrimientos de Cristo, su resurrección y gloria, y la gracia de Dios para todas las naciones. Que ninguna mano ruda intente separarlas, o destruir alguna de estas verdades divinas, pues si una de ellas se estropeará, todo el tejido se estropearía.

Pero, ¿qué lugar tienen las Escrituras y los sufrimientos de Cristo con los que profesan llevar a cabo esta bendita misión en estos días? La pregunta debe hacerse, porque ninguno de los 2 puede ser popular en el mundo que no conoce a Dios, y el gusto popular, por desgracia, se consulta a menudo en lugar de la voluntad de Dios.

La predicación de Cristo crucificado golpea la raíz de todo el orgullo del hombre: significa que, a pesar de todo su progreso jactancioso, debe humillarse a los pies de Aquel que colgó de una cruz, que solo por este medio puede estar en correctas relaciones con Dios.

Significa que, a pesar de toda su cultura, religión, conocimiento y poder, es un pecador bajo el poder de la muerte, el juicio de Dios, pues «la muerte pasó a todos los hombres, por cuanto todos pecaron» (Rom. 5:12). Significa que Cristo, el santo y el verdadero, sobre quien solo la muerte no tenía derecho, descendió a ella como juicio de Dios, y que solo así pudo ser eliminada.

Esta predicación es para el judío (el religioso) un tropiezo, y para el griego (el filósofo) una necesidad; sin embargo, es el poder de Dios y la sabiduría de Dios. Y qué maravilloso es para los que creemos, y qué grande es nuestro gozo cuando vemos a Aquel que entró en la muerte por nosotros, resucitado de entre los muertos. Él ha soportado el juicio, ha atravesado las aguas profundas, «Dividió el mar y los hizo pasar; detuvo las aguas como en un montón» (Sal. 78:13), e hizo de las profundidades un camino para que sus rescatados pasaran –Jehová de los Ejércitos es su nombre. Qué grande es su gloria en la salvación de Dios.

«Cristo murió por nuestros pecados... fue sepultado... fue resucitado al tercer día» (1 Cor. 15:3-4). Estos son los grandes hechos que tienen que ser anunciados en cada habitación del hombre, y estos hechos están de acuerdo con las Escrituras. Y estos hechos han de ser anunciados, para que los hombres sepan que, como consecuencia de ellos, se ha abierto un camino por el que pueden volver a Dios, y volver a tener todos sus pecados remitidos. Y estas bendiciones inestimables han de ofrecerse en Su nombre: es decir, sus siervos han de hacerlo en su nombre, como sus representantes, sus embajadores, respaldados por su autoridad y, como les dijo, dotados del poder que les enviaría desde arriba. Entonces «los condujo fuera hasta Betania; y alzando las manos, los bendijo. Sucedió que, mientras los bendecía, se separó de ellos» (Lucas 24:50-51).

Su obra estaba terminada, y la gloria de Dios lo reclamó, y los ojos arrebatados de ellos lo siguieron a esa nube Shekhiná\*.

\*En la cábala, palabra que designa la presencia de Dios (??).

Todavía está en esa gloria: Esteban lo vio, Saulo de Tarso lo vio, y nosotros, por la fe, también podemos ver «que por poco tiempo fue hecho inferior a los ángeles, a **Jesús, coronado de gloria y honra** por causa del sufrimiento de la muerte» (Hebr.

2:9).

#### 4.5.5 - El gran Sumo Sacerdote

He aquí un tema que bien podría ocupar volúmenes impresos en oro, pero qué poco se entiende. La victoria en el camino de regreso depende enteramente de la gracia y la misericordia ministradas desde el trono en el que él se sienta.

El gran Sumo Sacerdote es Jesús, el Hijo de Dios. ¿No se hincha el corazón con santa exultación al pensar en su grandeza? El servicio al que se dedica en este carácter es el de llevar a sus santos peregrinos en intercesión ante Dios, y lo hace con la más verdadera compasión y la más profunda simpatía. Se conmueve con el sentimiento de nuestras dolencias, ¡pensamiento maravilloso! Significa que cada dolor en cada corazón que lo ama es sentido por él. Puede que no seamos capaces de entenderlo; no se nos pide que lo hagamos, es demasiado grande para nuestras pequeñas mentes, pero él nos pide que lo creamos, y si no lo hacemos, entristecemos a ese corazón que ama por encima de todas las cosas en quien confiar. Él quiere que creamos que nos sirve a cada momento porque nos ama; sí, nos ama con el mismo amor que lo llevó al Calvario por nosotros. Los dolores de parto no agotan el amor de la madre por su bebé; estaría dispuesta a dar su vida por él en cualquier momento.

*“Sin embargo, ella puede probar el olvido,  
Él nunca dejará de amar”.*

¿Cómo podría dejar de amar? Él es **Jesús**. ¿Y qué significa ese nombre para nosotros? Nos habla del amor que lo llevó del trono eterno al pesebre de Belén; nos habla de una vida de servicio que lo llevó a través del dolor, la vergüenza y el abandono a la cruz del Calvario; nos habla de cómo su amor se declaró allí. Las olas de la muerte levantaron sus horribles crestas y rodaron sobre él para engullirlo; las olas del poder de Satanás rugieron a su alrededor para destruirlo, y él se hundió bajo las profundas aguas del juicio de Dios contra el pecado por nosotros. Pero, aunque estuvo por nosotros donde todos los mares se juntaron sobre él, su amor no se apagó. Ardió con una llama ardiente en medio de las aguas feroces, y derramó su maravillosa luz en la oscuridad de esa hora terrible, y allí triunfó –y ahora el Señor ha resucitado: Él vive en el trono de Dios para nosotros; y

*“Estamos más allá de la perdición  
De todos nuestros pecados gracias a la tumba vacía de Jesús”.*

Su amor no ha cambiado ni un ápice: Está tan profundamente interesado en nuestro bienestar hoy como lo estaba cuando llevó nuestros pecados en el madero. Si no fuera así, Jesús ya no llevaría ese precioso nombre por nosotros, y no tendríamos ni Salvador, ni Sacerdote, ni hogar.

Pero Jesús es el Hijo de Dios, pues así lo presenta nuestro texto, y mientras «Jesús» nos lleva en el pensamiento hasta las profundidades de la humillación a la que lo llevó su amor, «**el Hijo de Dios**» presenta su gloria, su magnífica grandeza, el esplendor sin medida de su persona y herencia. Pero hay otros pensamientos en la unión de estos nombres y títulos que deberían hablar elocuentemente a nuestros corazones. «Jesús» nos habla de su preciosidad para nosotros. «El Hijo de Dios» nos habla de su propio valor para Dios. «**Jesús**» *nos dice que, como nos ama tanto, no hay nada que sea bueno para nosotros que él no pida para nosotros cuando interceda ante Dios por nosotros; y «el Hijo de Dios» nos dice que Dios no le negará ninguna petición que le haga.* De modo que el hecho de que Jesús, el Hijo de Dios, sea nuestro gran Sumo Sacerdote significa que nos ponemos en contacto con los recursos eternos e infinitos de Dios, y ese amor eterno e infinito pone en marcha esos recursos para nosotros, porque Dios ama a su Hijo y Jesús nos ama a nosotros, y Jesús es el Hijo de Dios.

Ha atravesado los cielos desde el punto más bajo del sufrimiento y la vergüenza; ha llegado al punto más alto de la gloria, y ningún centinela vigilante ha gritado el desafío: «¡Alto!», pues todas las puertas se abrieron de par en par para que pasara triunfante, y él es nuestro Precursor, así como nuestro Sacerdote. Él ha pasado a la gloria, que es nuestro **hogar**, antes que nosotros y para nosotros, y la bienvenida que él recibió es la bienvenida que nos espera. No hay ninguna dificultad o poder hostil que él no haya encontrado en el camino que recorreremos al seguirle. Él fue tentado en todos los puntos como nosotros, aparte del pecado. Y ahora vive en la gloria para socorrernos con la ayuda de la gracia desde allí.

**El trono de gracia** está disponible para nosotros. Podemos acercarnos a él confiadamente, y cuando lo hagamos descubriremos que nuestro mejor Amigo está allí sentado, y así obtendremos misericordia y encontraremos gracia para una ayuda oportuna.

Aquí están algunos de nuestros recursos, y al recurrir a ellos tendremos la plena seguridad de la esperanza hasta el fin, **y el fin está en Casa.**

## 4.6 - ¡Aleluya!

«Todo lo que respira alabe a JAH. Aleluya» (Sal. 150:6).

Así termina el último salmo, y en él nos está presentado el resultado, en lo que respecta a la tierra, de la venida del Señor a ella. Él es el bendito Hombre del primer salmo que no anduvo en el consejo de los impíos, sino que se deleitó en la Ley de Jehová, y meditó en ella día y noche. Cada aliento que él lanzaba era un «¡Aleluya!» - un «Alabe a Jehová»; cada pulso de su devoto corazón era para Dios; en cada una de sus palabras y actos el Padre era glorificado. Toda excelencia moral brillaba en él con una perfección sin medida. Los hombres dijeron: «¿Cuándo morirá y perecerá su nombre?» (Sal. 41:5); pero su fruto aparecerá en su tiempo, su hoja nunca se marchitará, y todo lo que haga prosperará. Los hombres pensaron que su luz se había apagado para siempre cuando fue conducido sin resistencia a la Cruz, pero él viene de nuevo, se levantará -el Sol de justicia; y entonces estallará esa mañana por la que los santos de Dios siempre han suspirado, una mañana sin nubes, como la hierba tierna que brota de la tierra por el claro brillo después de la lluvia (2 Sam. 23:4).

El estampará su carácter bendito en su reino: reflejará la gloria que es refulgente en él; todo gemido, murmullo y grito de angustia será acallado, las tinieblas volarán ante el resplandor de su presencia, y toda la tierra estará llena de la gloria del Señor; y como cada uno de sus alientos era un aleluya cuando estaba aquí, así todo lo que tiene aliento dirá «¡Aleluya!» entonces.

El auge y la caída de los reinos, la acumulación de graves cuestiones, el choque de intereses contrapuestos, que se agudiza a medida que pasan los años, y que demuestra la inestabilidad de las cosas en este mundo, y llena de recelo el corazón de los hombres, no perturban a quien con el ojo de la fe ve a «pero vemos al que por poco tiempo fue hecho inferior a los ángeles, a Jesús, coronado de gloria y honra por causa del sufrimiento de la muerte; para que por la gracia de Dios gustase la muerte por todos» (Hebr. 2:9).

La Estrella de la mañana, brillante precursora del día, brilla en los cielos y llena el corazón de esperanza, para que pueda gritar, ¡Aleluya! Ahora. ***El Señor viene.***

“... *Levantemos la cabeza  
En alegre expectación  
Porque Él traerá la salvación.*”

«No se turbe vuestro corazón; ¡creéis en Dios, creed también en mí! En la Casa de mi Padre hay muchas moradas; si no fuera así, yo os lo habría dicho; porque voy a prepararos un lugar. Si voy y os preparo un lugar, vendré otra vez, y os tomaré conmigo; para que donde yo estoy, vosotros también estéis» (Juan 14:1-3).

«Porque nuestra ciudadanía está en los cielos; de donde también esperamos al Salvador, el Señor Jesucristo, el cual transformará nuestro cuerpo de humillación en la semejanza de su cuerpo glorioso, conforme a la eficacia de su poder, con el que también puede someter todas las cosas a sí mismo» (Fil. 3:20-21).

«Porque el Señor mismo con voz de mando, con voz de arcángel y con trompeta de Dios, descenderá del cielo, y los muertos en Cristo resucitarán primero. Luego nosotros, los que vivamos, los que quedamos, seremos arrebatados con ellos en las nubes para el encuentro del Señor en el aire; y así estaremos siempre con el Señor. Consolaos, pues, los unos a los otros con estas palabras» (1 Tes. 4:16-18).

«El que da testimonio de estas cosas dice: Sí, vengo pronto. Amén; ¡ven, Señor Jesús! La gracia del Señor Jesús sea con todos» (Apoc. 22:20-21).

## 5 - Conclusión

«Porque el amor de Cristo nos apremia, llegando a esta conclusión: Que uno murió por todos, entonces todos murieron; y murió por todos, para que los que viven, ya no vivan para sí mismos, sino para el que por ellos murió y fue resucitado» (2 Cor. 5:14-15).

«A quien amáis sin haberle visto; en quien aun sin verle, creéis, y os alegráis con gozo inefable y glorioso» (1 Pe. 1:8).

*“A Ti, Señor, se despliega mi corazón,  
como la rosa al sol de dorado,  
A Ti, Señor, se aferran mis brazos,  
El gozo eterno comenzado”.*

*“Por los siglos, a través de las edades interminables  
Tu cruz y tu dolor serán  
La gloria, el cántico y la dulzura  
Que hacen del cielo el cielo para mí”.*

(H. Suso)

*“Oh, guarda mi alma, Señor Jesús  
Permaneciendo aún contigo,  
Y si me alejo, enséñame  
A que regrese pronto a Ti para huir”.*

*“Que todo tu bondadoso favor  
Sea conocido por mi alma;  
Y, versado en esta tu bondad,  
mis esperanzas serán coronadas por Ti”.*

(J.N. Darby)

Al repasar estos documentos, cuyo tema es la Persona de Cristo, sentimos que es sin duda una indicación muy dolorosa de la condición baja y reincidente de la mayoría de los hijos de Dios que se hable de la devoción a Cristo como algo para maravillarse y alabar. Es indudablemente hermosa, y debe producir una dulce fragancia al Padre cuyo amado Hijo es Cristo, pero el hecho de que exija un comentario especial de nuestra parte cuando se manifiesta, solo prueba que es tristemente excepcional, y demuestra claramente la necesidad de recuperación.

Hablamos del carácter maravilloso de la devoción del apóstol Pablo cuando puso toda su gloria en el polvo como escoria, y consideró todo aquello en lo que podría haberse jactado como una carga de la que estaba bien liberado, para poder tener a Cristo como su ganancia, pero ¿fue realmente maravilloso cuando en el mismo aliento con el que habla de su propia renuncia también habla de la excelencia del conocimiento de Cristo Jesús su Señor? Observen cómo habla de él, no como «el» Señor, ni «nuestro» Señor, sino como «**mi Señor**». Dejen que el corazón que conoce al Salvador se detenga allí por un tiempo, y luego respondan: “¿No habría sido maravilloso si hubiera actuado de otra manera? ¿Sería maravilloso que una mujer abandonara un vestido roto y sucio por una costosa túnica adornada con oro y gemas? Entonces, ¿cómo puede haber sido maravilloso por parte del apóstol desechar su propia justicia y ser hallado **en él**, teniendo esa justicia que es por la fe de Cristo, la justicia que es de Dios por la fe?”

Nos maravillamos de que Pablo se haya alejado de sus pensamientos, crucificado con Cristo, de modo que ya no vivía para Pablo, pues Cristo lo había desplazado, en todas las esferas de la vida en las que se movía, pero ¿por qué habríamos de

maravillarnos cuando nos dice de inmediato que el que ahora lo cautivaba y lo controlaba por completo era «*el Hijo de Dios... me amó y él mismo se entregó por mí*»? (Gal. 2:20). Acerquémonos y permanezcamos junto a este siervo de Cristo y pongámonos en sus palabras, cada uno por su lado, y no nos maravillemos más de su vida abnegada.

¿Por qué habríamos de asombrarnos de que Pablo trabajara para que, vivo o muerto, fuera agradable a su Señor (2 Cor. 5:9)? No quiere que nos asombremos en absoluto, y se apresura a decirnos que «el amor de Cristo nos apremia». Parecería como si la maravilla se deslizara en su mente, que pudiera ser una maravilla para cualquiera que se esforzara tanto cuando agrega: «Llegando a esta conclusión: Que uno murió por todos, entonces todos murieron; y murió por todos, para que los que viven, ya no vivan para sí mismos, sino *para el que por ellos murió y fue resucitado*» (2 Cor. 5:14-15).

En todos estos pasajes en los que Pablo habla de su propia devoción a Cristo, es como si extendiera sus manos a los santos a los que escribía, y a nosotros también, y gritara: “No os maravilléis de que ame enteramente a mi Señor; si lo hubierais visto como yo lo he visto, también lo amaríais enteramente. Si él hubiera venido a ustedes como vino a mí, cuando yo yacía quebrado y mudo a sus pies en mi pecaminosidad, y me plegaba –inútil como era, y principal de los pecadores en mi odio hacia él– cálidamente a su corazón, no podrías olvidarlo. Si conocieran su poderoso abrazo como yo, y si su vida se bañara en ese amor que es “demasiado vasto para comprenderlo”, dejarían de maravillaros de mí; en cambio, ustedes se maravillarían de que algún corazón en la tierra pudiera contenerse ante él, y de que algún labio permaneciera en silencio ante él. Y llorarían en el asombro de que, habiendo probado Su bondad, alguien tuviera otro pensamiento en sí mismo o se alejara de él hacia el mundo vil y mendigo.

Es extraño que pensemos que es un asunto de alabanza que María se sentara a los pies de Jesús y escuchara su Palabra. Lo sorprendente es que Marta pudiera mantenerse alejada de ese lugar sagrado. No nos sorprende que los hombres se deleiten en escuchar una música exquisita, o que el corazón de la doncella se estremezca ante la voz de su verdadero amante, y que cuando él está cerca no tenga ojos ni oídos para nadie más que para él. Entonces, ¿por qué hemos de extrañar que la voz de Jesús fuera dulce para María? En su voz hay la propia música del cielo, y cuando habla es desde el corazón del amor eterno. Si miramos a Jesús como María lo vio, y lo conocemos como ella lo conoció, dejaremos de asombrarnos de que ella rompiera su vaso de alabastro y derramara su costoso tesoro a sus pies. Tomaríamos lugar

con ella y haríamos lo mismo, porque él llenaría nuestra visión y poseería nuestros corazones. Y los ceños fruncidos de las hermanas y la condena de los discípulos que se creen más prácticos y sabios que nosotros, no nos perturbarán mientras nos maravillamos y adoramos en presencia de una bondad indecible.

Si el propósito del corazón que hizo a Pablo lo que era y la devoción del corazón que hizo a María tan aceptable para el Señor han de marcarnos en alguna medida, debemos transferir nuestros pensamientos de ellos a él, y del yo a él. Solo en esto está la verdadera recuperación, y vale la pena que lo hagamos.

*“Señor Jesús, recordamos los dolores de tu alma,  
Cuando a través de la profunda piedad de tu amor las olas rodaron sobre Ti.  
Bautizado en las oscuras aguas de la muerte, por nosotros se derramó tu sangre,  
Por nosotros, Tú, Señor de gloria, fuiste contado con los muertos”.*

Al recordar esto, oh Señor, el más bajo de los lugares bajos es el que tomamos ante Ti. Los ángeles que nunca han pecado pueden estar en la presencia del gran Jehová, pero nosotros, cuyos pecados te llevaron a la muerte, solo podemos postrarnos con asombro a Tus pies. **Tu amor** por nosotros te llevó al lugar que **nuestros pecados** habían marcado como nuestro, y allí bebiste la amarga copa de nuestro juicio hasta su última gota. Las tinieblas que deberían haber sido nuestra suerte para siempre, te cubrieron, cuando Tú, que no conociste pecado, fuiste hecho pecado por nosotros. Tú fuiste herido por nuestras transgresiones, y magullado por nuestras iniquidades; el castigo de nuestra paz fue sobre Ti, y con tus heridas hemos sido curados.

Amado Salvador, nos inclinamos a tus sagrados pies y rompemos allí nuestros vasos de alabastro y derramamos nuestra adoración ante ti. Y es aquí donde nuestras almas se recuperan de su extravío. Aquí aprendemos nuestra nada y tu gran valor. Aquí, en tu presencia, lamentamos que nuestros corazones tengan un pensamiento egoísta; que cualquier rival pueda disputar tu derecho a llenar nuestras vidas. Aquí nos encomendamos a tu misericordia perdonadora, y aquí nos rendimos de nuevo a ti.

*“Que tu amor, Señor, como un grillete  
Ate nuestros corazones errantes a Ti”.*

Y tú has resucitado de entre los muertos. La tumba no pudo retenerte. La gloria del Padre te resucitó, y tú nos has levantado de nuestra degradación y pecado, y nos has unido a ti en toda tu propia aceptación ante tu Padre y Dios. Ya no nos acobardamos de terror ante la muerte, sino que triunfamos en tus triunfos, Tú vencedor de la tumba. Nos has infundido una nueva vida, cuyo primer y más poderoso impulso es

el *amor a Ti*.